

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Organización América

Brigitte se encuentra en una reunión de la CIA en Langley cuando recibe una llamada de su ama de llaves, la linda Peggy, que le explica que ha llegado un telegrama urgente de su amigo Nataniel, presidente de San Nataniel, en el que le pide que vaya allá lo antes posible. Por supuesto ella se pone inmediatamente en camino.



Lou Carrigan

Organización América

Brigitte en acción - 234

Archivo Secreto - 188

ePub r1.1

Titivillus 01-06-2019

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

—… En realidad, ni siquiera es una intervención quirúrgica —decía el instructor-jefe del Grupo de Acción de la CIA—: Todo consiste en una pequeña elevación del cuero cabelludo, en una extensión de apenas media pulgada, que, luego, es cosido nuevamente sin que deje señal alguna. Gracias a las nuevas técnicas operatorias, esta elevación puede repetirse indefinidamente, sin perjuicio alguno para el agente en cuestión. De este modo, el transmisor electrónico puede ser colocado y retirado cuantas veces se desee, de la cabeza del agente, que está en condiciones de recibir, en todo momento, instrucciones desde la Central, cualquiera que sea el lugar del mundo donde se halle…

El instructor-jefe iba mirando a los alumnos mientras daba las explicaciones, apoyándose en magníficos dibujos trazados en el encerado, que señalaba con un puntero. Alumnos de rostros impávidos, mirada inteligente, penetrante… Alumnos que se habían jugado la vida docenas de veces en misiones para la CIA.

Habían sido seleccionados los mejores. Y allí estaban, en una de las salas de la Central Intelligence Agency, en Langley, escuchando con gran atención a su instructor.

Aunque no todos parecían escuchar con la debida atención…

—El transmisor electrónico funciona debido al calor de la cabeza del propio agente; de este modo, en la Central sabemos, además, que nuestro enviado sigue con vida. Es decir, que no sólo estamos en condiciones de darle instrucciones en todo momento, sino que sabemos, conocemos, su estado de salud. Por ejemplo, si ha sido herido y sus facultades físicas sufren un menoscabo tal que disminuye la irrigación de sangre al cerebro, el transmisor debilita sus señales e incluso puede llegar a dejar de funcionar. En estas condiciones, la Central tiene que comprender que el agente está necesitado de ayuda y, por supuesto, se apresurará a enviársela, del

modo que sea. En definitiva…

El instructor volvió a fruncir el ceño al observar cómo el agente que antes había llamado su atención por estar mirando distraídamente hacia la ventana, había colocado ahora una de sus manos a contraluz y la contemplaba con expresión crítica.

—Agente NY 7117 —murmuró el instructor.

—¿Sí? Diga, señor instructor.

—Hace ya rato que me estoy preguntando si mis explicaciones le interesan en algún sentido, agente NY 7117.

—No.

—¿Cómo dice? —Respingó el instructor.

—Digo —aclaró amablemente la agente NY 7117— que sus explicaciones no me interesan en absoluto, señor. Bien entendido que mi desinterés no va dirigido hacia usted personalmente, sino hacia la explicación y puesta en práctica de esas nuevas técnicas.

—¿No le interesan las nuevas técnicas?

—No, en absoluto.

—Quizá no me ha escuchado usted con la debida atención… Me ha parecido un tanto distraída, como si estuviese pensando en otras cosas.

—Bueno… Eso también es verdad, en parte —sonrió la agente NY 7117—. Ha habido momentos en que pensaba en lo agradable que sería estar tomando el sol en Miami, por ejemplo.

Sonaron algunas risitas. El instructor-jefe también sonrió, porque, a fin de cuentas, como cualquier miembro de la CIA, jamás admitiría ni tan siquiera la posibilidad de enfadarse con la niña mimada del espionaje norteamericano, la sin par Baby.

—Es un pensamiento agradable, en efecto… —admitió el instructor—. ¿Y… qué más pensaba usted?

—¡Oh, muchas cosas! Por ejemplo, en que cuando regrese a Nueva York voy a comprarme tres o cuatro modelitos nuevos. También pensaba en los apuros que pasé el otro día en una recepción diplomática organizada por las Naciones Unidas… Y pensaba, también, que su corbata es un poco… horrenda, si me permite la expresión, señor.

—¿No le gusta mi corbata? —Se pasmó el instructor.

—Francamente, no. Estaría más adecuada, si tuviese unos tonos algo más oscuros. A fin de cuentas, señor, usted ha cumplido ya los

cincuenta… ¿O no?

—Pues sí, he… ¿Tiene importancia mi edad?

—Para las corbatas, sí.

De nuevo se oyeron unas risitas. Y, por supuesto, también el instructor sonrió.

—Para la próxima conferencia a la que usted se digne asistir, tendré en cuenta su gusto respecto a corbatas, agente NY 7117… Díganos, ¿qué clase de apuros pasó usted, el otro día, en esa recepción diplomática?

—Pues… no sé si contarlo… Es un poco embarazoso.

—Bueno… Estoy seguro de que todos tenemos edad suficiente para escuchar con la debida compostura lo que pueda contarnos una jovencita… ¿No es así, caballeros?

Nutridas voces se alzaron para apoyar la afirmación del instructor-jefe; A decir verdad, todos habían estado esperando aquel momento… Siempre llegaba aquel momento alegre y despreocupado cuando NY 7117 se dignaba asistir a una conferencia sobre nuevas técnicas. La anécdota de Baby era como lluvia fresca en un desierto… Un desierto compuesto por hombres profundamente serios, que vivían con la muerte pegada a los tacones un día sí y otro también. Y aquella lluvia refrescaba sus mentes y sus corazones. Cuando los convocados a la conferencia de turno se enteraban de que a ella iba a asistir la agente NY 7117 se daban la mano, saludándose de este modo:

—Enhorabuena… Hoy tenemos a Baby.

—Felicidades: la reina estará presente.

—Albricias, compañero: hoy vamos a reír…

—Hay que hacer el sorteo para ver quién le entrega el ramo de rosas rojas…

El instructor-jefe carraspeó e insistió:

—Estamos esperando, NY 7117.

—Bien… De acuerdo, les contaré lo que me sucedió en esa recepción. Era de noche… Digo esto para que comprendan que tenía que presentarme con un vestido adecuado, naturalmente. O sea, uno de esos vestidos grandiosamente escotados… Algo terrible. Ya saben: escotes de esos que llegan hasta aquí —NY 7117 señaló una zona de su torso realmente baja—. Para esa ocasión, yo había encargado a Rachel un vestido nuevo… Rachel es mi modista,

¿saben? Bueno, le dije a Rachel que, claro, debía ser un vestido precioso y, por supuesto, escotado… Y a la pobre Rachel le sucedió algo terrible… Terrible, sí; calculó mal el escote.

—¿Lo hizo más alto de lo debido?

—No, no… Ojalá. ¡Lo hizo mucho más bajo!

—¿Y…?

—Pues bien, tuve que asistir con aquel vestido, claro. Como quiera que, mis senos ocupan una zona más bien alta, resultaba que quedaban fuera del escote, así que tuve que recurrir a un procedimiento en verdad desagradable y, generalmente, opuesto a lo que suelen hacer muchas señoras: me preparé yo misma unos sujetadores especiales, que, en lugar de elevar los senos, cosa que complace mucho a las damas, las dominaba hacia abajo…

—¡Eso debía ser muy incómodo! —exclamó Mass. 5909.

—En efecto, Simón —le miró sonriente la divina—. Era incomodísimo, pero, claro, no iba a asistir a una recepción diplomática enseñando el pecho… No habría sido correcto. De modo que, como les digo, me puse esos sujetadores qué obligaban a mis senos a permanecer muy bajos, de modo que el escote quedaba entonces adecuado.

Hubo unos segundos de silencio hasta que otro de los convocados musitó:

—Debió ser una noche muy incómoda para usted, Baby.

—¡Oh, eso habría sido lo de menos! Lo terrible fue cuando el señor embajador de España se acercó a ofrecerme una copa de champaña… Justo en aquel momento… ¡se rompió el cierre de los sujetadores!

La carcajada fue colectiva. Y, por entre las risas, destacó una voz preguntando:

—¿Y qué hizo el español cuando su escote se… abrió?

—Se bebió él la copa de champaña, de un trago, y se fue a toda prisa, diciendo que iba a buscar otra para mí.

Intentando en vano contener su propia risa, el instructor dio un par de palmadas, que apenas fueron oídas.

—Señores, señores… Esto es una convocatoria de la CIA, no una *garden-party*. Por favor, concédanme su atención todavía unos minutos más. Prosiguiendo con…

Una voz diferente resonó de pronto en el aula, procedente del

altavoz:

—Agente NY 7117: su presencia es requerida con urgencia en el despacho de jefatura de Acción.

Luego, el silencio. El silencio más completo. Todas las miradas quedaron fijas en NY 7117, que se puso en pie y alzó una manita.

—Hasta la vista, queridos.

Cuando salió de allí, el silencio persistió entre los convocados. Nadie tenía necesidad de decir nada, porque todos sabían lo que esa llamada urgente podía significar: la agente Baby era requerida por míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción, para ser enviada, una vez más, a cualquier lugar del planeta Tierra, donde, sin duda, tendría que jugarse la vida… como siempre.

Incluso el rostro del instructor mostraba una expresión preocupada y sombría cuando, como si nada hubiese ocurrido, volvió a señalar con el puntero los dibujos de la pizarra.

—Como les estaba explicando…

Por los pasillos, NY 7117 caminaba apresuradamente hacia el despacho del jefe del Grupo de Acción, regalando sonrisas y obteniendo miradas de la más genuina admiración y pasmo. Por fin, llegó ante la puerta, llamó y alzó la cabeza. La lucecita verde se encendió. Empujó la puerta, entró y se quedó mirando a míster Cavanagh que, en aquel momento, sonriendo, cortaba la comunicación del interfono especial. Al verla, dejó de sonreír en el acto y señaló uno de los teléfonos que tenía sobre la mesa, cuyo auricular estaba descolgado.

—Peggy la llama urgentísimamente desde Nueva York, Brigitte.

—Gracias… ¿Sí, Peggy?

Brigitte Montfort, NY 7117, alias Baby, periodista famosa en el mundo entero, estuvo unos segundos escuchando las explicaciones de Peggy, su ama de llaves al cuidado del lujoso apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina. No se inmutó, pero estaba decididamente seria.

—¿Cuándo ha llegado ese telegrama? —preguntó.

—Está bien.

—Claro que no has hecho mal en llamarme aquí. Sabes perfectamente que debes llamarme inmediatamente, esté donde esté, cuando llegue un mensaje de determinadas personas. Has hecho muy bien, Peggy.

—Sí, desde luego. Pero saldré directamente desde Washington. Hasta la vuelta, querida.

Colgó y quedó pensativa, como preocupada.

—¿Malas noticias? —murmuró Cavanagh.

—Aún no lo sé… Pero ciertamente, Nataniel no es de los que requieren mi presencia para nada, señor.

—¿Nataniel? ¿Se refiere a ese amigo suyo que es presidente de la República de San Nataniel, en el Caribe?

—Sí… Me ha enviado un telegrama, requiriendo con urgencia mi presencia allá:

Míster Cavanagh se quedó mirando muy fijamente a Brigitte. De pronto parpadeó.

—¿Dice el telegrama algo concreto sobre el motivo de la llamada?

—No. ¿Puede dar órdenes para que cuando yo llegue al aeropuerto me hayan reservado un pasaje para el primer vuelo que tenga escala en San Nataniel, señor?

—Desde luego. Mmm… Entiendo que no estaba usted muy atenta a la conferencia sobre la posible utilización de nuevos ingenios electrónicos por parte de nuestro personal.

Brigitte miró hacia el interfono y frunció el ceño.

—Ese profesor es un chivato —sonrió en seguida—. Pero, en efecto, ni estaba atenta, ni me interesan esos ingenios.

—¿Por qué?

—La verdad es que no permitiré jamás que me conviertan en un robot o en un ser inútil…

—¿Un ser inútil? —se sorprendió Cavanagh.

—Desde el mismo momento en que aceptase ser dirigida desde la Central, mis propias facultades pensatorias irían en descenso… No, gracias. Prefiero seguir pensando por mi cuenta, pese a todos los riesgos que eso signifique. Todo lo que yo sea capaz de hacer, puedo hacerlo sin necesidad de que me dirijan a distancia, como si fuese un robot. Y, señor, perdóneme, pero quisiera salir cuanto antes hacia San Nataniel.

—De acuerdo. Continuaremos esta conversación a su vuelta…

—No pienso conversar más sobre un asunto que ya he rechazado definitivamente, señor; no seré nunca un robot.

Cavanagh movió la cabeza, con el gesto de quien acepta la

decisión ajena. Por otro lado, no aceptarla habría sido la más absurda pérdida de tiempo, pues sabía perfectamente que cuando la agente Baby tomaba una decisión, el asunto quedaba zanjado para siempre.

—Pediré que le reserven un pasaje en Foster Dulles y que un coche la espere afuera. ¿Quiere que avise a McGee para que le prepare uno de sus maletines de emergencia?

—Sí, por favor… Que se encuentre conmigo en la salida para entregármelo.

—Entiendo que no ha traído usted equipaje…

—Compraré lo que necesite en San Nataniel.

—Sí, claro… A fin de cuentas, va usted a un país donde el presidente es amigo personal suyo… Uno de esos amigos que darían la vida por usted, ¿no es verdad?

—Tengo varios amigos así; señor —sonrió Brigitte.

Cavanagh desvió la mirada, como queriendo impedir que, al ver sus ojos, Brigitte comprendiese que él mismo era de los que darían la vida por ella.

—Naturalmente, se los merece… —musitó. De pronto la miró sonriente—. ¿Es cierto que le ocurrió eso del escote en una recepción de las Naciones Unidas?

—No —rió la divinísima espía—, pero el ambiente estaba muy aburrido y pesado. Y si hay algo que realmente le guste hablar a un hombre, es de senos de mujeres. ¿O no, señor?

La sonrisa de Cavanagh se amplió.

—Espero que me tenga al corriente de sus actividades en San Nataniel, Brigitte. Y si necesita ayuda, no vacile en pedirla. Por otra parte, me gustaría saber qué ocurre en San Nataniel.

—Si es posible, le informaré sobre ello. Pero comprenda que los secretos de Estado de San Nataniel no están a mi libre disposición.

—Sí, claro. Bien… Feliz viaje.

—Eso quiere decir —sonrió Brigitte— que cuento con su permiso para este viaje, señor.

—No se pitorree de mí… —Gruñó Cavanagh—. ¿Desde cuándo le pide usted permiso a nadie para hacer lo que le da la gana? Repito: feliz viaje…

Capítulo II

—¿Señorita Montfort?

—Sí… Soy Brigitte Montfort, en efecto, señor…

—Soy Nicolás —amplió su sonrisa el hombre.

—¡Oh, sí! Recuerdo que Nataniel me ha… Quiero decir, el señor presidente me ha escrito algo sobre usted en un par de ocasiones… Entiendo que es usted algo así como su… secretario personal.

—Entre otras cosas —continuaba sonriendo Nicolás—. Perdone que no le hayamos aliviado los trámites oficiales, pero Nataniel…, quiero decir, el señor presidente, ha creído que usted preferiría llegar a nuestro país sin llamar la atención en modo alguno.

—Así es. Nataniel me conoce muy bien.

—Pero no ha conseguido su propósito: es usted tan hermosa, tan hermosísima, señorita Montfort, que todos nos están mirando. O quizá me miran a mí, por feo.

Brigitte se echó a reír y se tomó del brazo de Nicolás.

—Vamos a ver a nuestro señor presidente, Nicolás.

—Él la está esperando. Pero permítame que me encargue de su equipaje…

—No traigo equipaje.

—¡Ah, bien! Al menos, permítame que le lleve su maletín…

—Hace muchos años que este maletín lo llevo siempre personalmente… —Alzó Brigitte el maletín rojo con florecillas azules estampadas—. Y cada vez que lo he dejado en manos de otras personas he tenido problemas. Lo cual no quiere decir que desconfíe de usted en ningún sentido, feo Nicolás. Feo, pero muy simpático.

Ahora fue Nicolás quien se echó a reír. Tomó la mano que Brigitte tenía en su brazo y la besó.

—Sea usted bien venida a San Nataniel. ¿Le asusta viajar en helicóptero?

—Terriblemente… —exclamó Brigitte—. Pero alguna vez tiene que ser la primera.

—Podemos viajar en coche, si lo prefiere.

—No, no… ¡Zambomba!, como diría un amigo mío, ¡no pienso perderme la emoción de viajar en ese artefacto extraordinario!

El helicóptero no tenía ningún distintivo especial, si bien Brigitte comprendió que estaba destinado al uso exclusivo de Nataniel. Nicolás sabía manejarlo con auténtica pericia, sin dejar de hablar, señalando todos los lugares sobre los cuales pasaban, dando explicaciones que la señorita Montfort escuchaba muy cortésmente.

—… El aeropuerto será ampliado en breve. También el puerto. Vea allá, aquella zona llana y árida de la capital —señalaba Nicolás—. Pues bien, Nataniel piensa convertirla en una zona de jardines y escuelas antes de un año. Tenemos ya muchas escuelas y centros médicos en el país, pero él dice que nunca hay suficientes cosas de ésas. Recuerdo hace unos pocos años, cuando yo era todavía un muchacho, este país era pobre, estaba olvidado de todos. Apenas había escuelas, ni carreteras, ni médicos… El aeropuerto era… Bueno, una zona de terreno sin árboles, simplemente. El puerto no admitía más que embarcaciones pequeñas. Y no sé qué pasó. Un día, don Nataniel, padre de Nataniel, dijo que su hijo le iba a suceder y que él quedaría como consejero… Nataniel había estado viajando por el extranjero y, al parecer, trajo ideas nuevas, que don Nataniel aceptó… Con lo cual, don Nataniel demostró ser un hombre tan inteligente como su hijo. Y otra cosa: también de pronto, comenzaron a aparecer billetes americanos en el país… Dólares, ¿comprende? Yo no sé cómo se las arreglaría Nataniel para…

Brigitte ya no le escuchaba. ¿Que cómo se las había arreglado Nataniel para conseguir los primeros millones de dólares para su pequeño país? Ella sí lo sabía… Lo sabía perfectamente, porque había sido ella quien había permitido que Nataniel escapase con los millones de dólares… ¿Cuántos habían sido? Si no recordaba mal, cincuenta. O una cantidad parecida. Y partiendo de esa cantidad, Nataniel había realizado el milagro…

—Y ahí tenemos, por fin, la residencia particular de Nataniel. Quiero decir, del señor presidente —señalaba Nicolás—. Es un hermoso lugar, ¿no le parece?

Brigitte miró hacia donde señalaba Nicolás. Y sonrió al ver la residencia privada del presidente de San Nataniel. Era, simplemente, una pequeña villa, igual a otras por encima de las cuales habían pasado sobrevolando la costa, con el mar azul a su derecha… Sí, eso era todo: una pequeña villa parecida a tantas otras. No un hermoso palacio o algo parecido, no… Una casita con jardín, piscina y una pista de tenis. Encantadora, por supuesto, pero nada más. Muy propio de Nataniel… ¿Para qué quería él un palacio? Un rey no es rey porque ocupe un palacio, sino porque él se siente rey. Nataniel, que sin duda seguía realizando correrías de espionaje por esos mundos, rapiñando dinero a gentes desaprensivas, podía haberse hecho construir para sí la décima maravilla del mundo. Pero no…, él vivía como un rey, de acuerdo a sus sentimientos. Por lo demás, no hay rey más rey que aquel que tiene unos súbditos que le aman, porque saben que el rey se lo da todo a ellos…

—Nataniel —señaló Nicolás.

El helicóptero estaba ya muy cerca de la pequeña zona, de césped donde iba a aterrizar, a un lado de la casa, cerca de una galería con muchas flores. Y en aquella galería, de pie, estaba Nataniel, mirando hacia el helicóptero. Llevaba unos pantalones blancos, una camisa azul y estaba descalzo. Brigitte le vio pasarse las manos por los largos cabellos, y se echó a reír. No pudo evitarlo.

—¿De qué se ríe usted? —se sorprendió Nicolás.

—Vea a Nataniel, Nicolás… Es alto, joven, fuerte, hermoso… Pero…, ¿diría usted que tiene aspecto de presidente de un país?

—Yo tampoco tengo aspecto de listo, señorita Montfort…, y soy listo.

—Es una respuesta admirable.

Nataniel caminaba ya hacia el helicóptero, con las manos en los bolsillos, agitados sus largos cabellos castaños al aire de las aspas, que finalmente se detuvieron. Nataniel abrió la portezuela y tendió una mano, sonriendo.

—Sólo son las once de la mañana —dijo—, pero tengo preparada una botella de Perignon 55, muy fría. Con guindas, claro.

—Estupendo… —dijo Brigitte, saltando a tierra al tiempo que se asía a la gran mano tostada por el sol—. Si quieres, puedes ir a peinarte adecuadamente.

—¿No estoy bien así? —se sorprendió él.

—Sí. Pero hay personas a las que les gusta estropear las cosas.

—A mí, no. Oye, Nicolás, ve a traer la botella. Luego, te vas a la radio. Quiero saber, en todo momento, la posición y ruta de ése barco, ya sabes.

—Sí, Nataniel.

—¿Qué barco? —preguntó Brigitte, tras besar cariñosamente a Nataniel en los labios.

—Un barco cargado de oro —Nataniel le pasó un brazo por los hombros y señaló hacia la galería, comenzando a caminar—. Allí estaremos divinamente. ¿Te gusta mi residencia privada?

—Me encanta. ¿Mucho oro?

—No sé. Exactamente, no lo sé, pero, desde luego, mucho… Millones, de dólares. Diez, cincuenta, cien… No lo sé. Aunque la versión más admisible es la de cincuenta millones de dólares en oro. Según parece, a menos que yo haya entendido las cosas muy mal, ese oro está destinado a la compra de armamento, que en estos momentos está navegando hacia estos lugares en tres grandes barcos procedentes de Europa. Estás preciosa…, naturalmente. ¿No es cierto, Nicolás?

Nicolás, que había aparecido en la galería con un cubo de plata que contenía una botella de champaña, asintió, sonriente.

—Es cierto… —admitió—. En cuanto la vi, me dije: ésta tiene que ser la señorita Montfort, de acuerdo a lo que me ha dicho Nataniel sobre ella. Fue facilísimo identificarla. ¿Sirvo el champaña?

—Claro. Hace calor, y si esperamos mucho, se calentará.

—Es una bebida rara… —reflexionó Nicolás—. Si está fría, me gusta; si está caliente, no me gusta.

Brigitte, que iba mirando de uno a otro, se echó a reír.

—¿De dónde has sacado a Nicolás? —exclamó.

—Es todo un tipo raro, ¿verdad? —sonrió Nataniel—. Un día pidió audiencia en la Casa Presidencial y, apenas estuvo ante mí, me dijo: «Oye, Nataniel, ¿te acuerdas de mí…?». Yo lo recordaba perfectamente, pero, le dije que no, a ver qué pasaba. Y él dijo: «Sí, hombre; Nicolás Pozas, ¿no recuerdas? Estuvimos yendo juntos a aquella vieja escuela pública, cuando niños… Yo era el que te daba los mamporros cuando te negabas a dejarme copiar las tareas

escolares… ¿De verdad no recuerdas los mamporros que te daba?». Yo fingí reflexionar, y luego dije que sí, que era cierto… No sé cómo pude contener las ganas de reír. Finalmente, le pregunté si deseaba algo de mí… ¿Qué crees que me contestó Nicolás?

—Cualquiera sabe —sonrió Brigitte, tomando la copa que le tendía el también sonriente Nicolás.

—Me contestó: «Hacer por nuestra patria algo que se aproxime a lo que estás haciendo tú». ¿Qué te parece la respuesta?

—Es buena —musitó Brigitte, mirando a Nataniel—. ¿Y qué hace ahora Nicolás?

Nataniel también miraba fijamente a Brigitte.

—Hace todo lo que yo le diga qué haga, en beneficio de San Nataniel. Todo.

—¿Incluso matar, si llega el caso?

—Sí. Lo ha hecho en dos ocasiones, por orden mía. He estado a punto de enviarlo a realizar su tercer asesinato, pero… No sé. Esta vez quizá sea conveniente hablar primero contigo.

—¿Puedo beber un trago, Nataniel? —preguntó Nicolás.

—Desde luego.

Nicolás alzó la botella y, sin tocarla con los labios, se echó un buen chorro de champaña a su gran bocaza. Dejó la botella sobre la mesita, se pasó una mano por la boca y dijo:

—Está frío; está bueno… Voy a la radio.

—Muy bien, Nicolás.

El gorilesco y simpático sujeto desapareció dentro de la casa. Brigitte y Nataniel alzaron sus copas y bebieron. Luego, Brigitte comentó:

—Nicolás tiene razón: está fresco; está bueno. ¿Desde cuándo recurres a otras personas para que hagan cosas que podrías hacer tú mismo, Nataniel?

—Hay lugares en los que yo puedo pasar inadvertido y lugares donde sería identificado inmediatamente… A estos lugares envío a Nicolás. Por ejemplo, había pensado enviarlo a Cayana. ¿Conoces Cayana?

—Nunca he estado ahí, pero, naturalmente, conozco todo lo que se refiere a ese país. Está al sur de San Nataniel, en la costa sudamericana, y tiene frontera con Venezuela y Guayana. Si no recuerdo mal, su presidente es don Gabriel Trujillo.

—Exacto. Gabriel es amigo mío desde hace muchos años… Nos conocimos en Estados Unidos, cuando ambos asistimos a cursar nuestros estudios en la misma Universidad de tu país. Hace tres días fui a visitarlo oficialmente… Asuntos de política económica, ¿comprendes? Nos entendemos muy bien.

—Pero ¿habías pensado enviar a Nicolás a matar a tu amigo Gabriel?

—No. A él, no. ¿Conoces al general Honorio Pérez?

—No…, no.

—Es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Cayana. Ese barco cargado de oro va destinado a él para que, con ese oro, pague las armas de los tres barcos que vienen de Europa.

—¿Quién envía el oro y quién las armas?

—Las armas, no lo sé. Pero entiendo que el oro se lo envía al general Pérez la Organización América.

—¿La qué? —Se pasmó cómicamente Brigitte, con la copa ante los labios.

—La Organización América —sonrió, secamente, Nataniel.

—Interesante. Eso significa que la Organización América quiere que el general Honorio Pérez pueda comprar armas en abundancia. ¿Para qué?

—Eso no lo sabía Gabriel. Pero, claro, teme que sea para organizar una revuelta que acabe con él. Por el momento, está prisionero… Bueno, de un modo muy especial. El sigue siendo el presidente, afronta todas las cuestiones nacionales e internacionales… Pero no está nunca solo: lo tienen vigilado, tan estrechamente, que en esta ocasión ni siquiera pudimos sostener una entrevista privada después de la oficial, como hacíamos siempre. Lo están… utilizando como un muñeco. Y yo pienso que no les sería en absoluto difícil matarlo. Así que… he llegado a la conclusión de que, por el momento, lo quieren vivo.

Brigitte se quedó mirando la copa de champaña, pensativa. Luego, la apuró, y dijo:

—Tal como están las cosas, no creo que esas armas vayan a ser utilizadas para derrocar a tu amigo Gabriel, puesto que lo tienen tan bien controlado.

—No.

—Por tanto, son para otra cosa. ¿Qué cosa?

—Gabriel no sabía eso.

—¿Ha sido él quien te ha explicado todo esto?

—Sí.

—Pero…, ¿no dices que no os dejaron sostener una entrevista personal, que está vigilado constantemente? ¿Cómo pudo comunicarte todas esas cosas, entonces?

—Estoy seguro —sonrió Nataniel— de que en tus años escolares tú también tenías un sistema de… comunicación secreta con algunos de tus compañeros de clase. Por ejemplo, se puede hablar colocando siempre una sílaba fija delante de cada una de las palabras verdaderas. O decir palabras al revés, o utilizar gestos para demostrar que lo que se dice es, precisamente, lo contrario de lo que se piensa…

—Sí… —sonrió Brigitte—. Sí, ya sé. ¿Tu amigo utilizó alguno de esos sistemas para decirte todo eso?

—Exactamente.

—Bien… Entonces, tenemos algunas preguntas en el aire… Una: ¿quién envía, el oro? Dos: ¿quién envía las armas? Tres: ¿qué se propone llevar a cabo el general Honorio Pérez con esas armas? Cuatro: ¿por qué mantienen con vida a Gabriel Trujillo? Cinco: ¿qué es eso de la Organización América? Seis: ¿qué relación hay entre la Organización América y el general Pérez? Y siete: ¿hay algo que pueda hacer yo que tú no puedas hacer, Nataniel?

—Sí… Yo puedo encargarme de interceptar ese barco cargado de oro que está navegando hacia Cayana; con lo cual, si Honorio Pérez no dispone del oro para pagar las armas, no dispondrá tampoco de esas armas. Eso no sería difícil para mí…, si bien me gustaría cambiar impresiones contigo respecto a la… estrategia del ataque a ese barco cargado de oro.

—Cuenta con ello. ¿Qué más?

—Yo podría, también, enviar a Nicolás a Cayana, para que asesinase a Honorio Pérez. Pero temo que si algo le ocurre al general Pérez, decapiten a Gabriel, a mi amigo. Y, por otra parte, quizá esa orden de asesinato resultase un tanto precipitada… Luego, está el hecho de que, antes que nada, quisiera poner a salvo a Gabriel… Todo eso no puedo hacerlo en un país donde soy tan conocido como su propio presidente.

—Entiendo. ¿Quieres que yo vaya a Cayana, a ver qué pasa?

—Te lo agradecería. Pero ten presente siempre que, ante todo, deseo que a Gabriel no le ocurra nada.

—No lo olvidaré. ¿Crees que él me recibiría si le pidiese una audiencia?

—Él, sí. Pero ya te digo que no es dueño de sus decisiones. Tu petición ni siquiera llegaría a su despacho.

—¿Y si fuese allá con una carta de presentación tuya?

—No sé si eso sería conveniente, Brigitte.

—Sí, claro… Bueno, dejaremos esa posibilidad para más adelante. Y volvamos a ese asunto del oro, de las armas y de la Organización América… Dime todo lo que sepas al respecto.

—Ya te he dicho lo poco que sé… Excepto el nombre del barco cargado de oro: Júpiter. Hace dos días que lo tenemos localizado en su ruta hacia el Sur. Aviones de mi país lo están rastreando en todo momento, enviando por radio su posición y ruta cada media hora… En cuanto a la Organización América, Gabriel me indicó el nombre, y eso es todo.

—¿Él no sabía nada más, o no podía seguir dándote información por medio de vuestra clave escolar?

—No sabía nada más. Entendí que había descubierto que Honorio Pérez estaba en relaciones con la Organización América, y nada más. ¿Otra copa?

Brigitte asintió. Sí, otra copa de champaña… Estaba muy frío, delicioso. La tomó, y se quedó pensativa, contemplando las burbujas doradas…, doradas como el oro.

—¿Dónde está, ahora, el Júpiter? —preguntó de pronto.

—Voy a preguntarle a Nicolás y traeré un mapa. Si quieres entrar para ver mi emisora privada…

—¿Vale la pena?

—No… Claro que no.

—Entonces, luego veré toda tu casa. Déjame reflexionar mientras tú vas a buscar el mapa. Pero… espera un momento, Nataniel… Es respecto a tu amigo Gabriel: ¿podemos temer alguna jugada… especial, sucia, por parte de él?

Nataniel, que se había puesto en pie, frunció el ceño, reflexionó, vaciló…

—Creo que no… —susurró—. Pero no arriesgues tu vida basándote en mi buena opinión sobre Gabriel, ¿comprendes?

—Sí.

Nataniel abandonó la galería hacia el interior de, la casa. Regresó tres minutos más tarde, con un rollo de mapas. Eligió uno y lo extendió ante Brigitte, sujetándolo a la mesa con la botella de champaña y su copa.

—Está cruzando el Caribe —murmuró—, y desde que nosotros lo localizamos, parece proceder del norte. Ahora está exactamente aquí. Te lo he señalado con una cruz.

—Ya veo… ¿Qué quieres decir con eso de que «parece proceder del norte»? ¿Qué norte?

—Bueno…, sólo hay un norte, ¿no?

—No… —sonrió Brigitte—. Yo aprendí que hay dos nortes, Nathan: el norte geográfico y el norte magnético. Muy cerca uno del otro, pero… diferentes. También la procedencia de ese barco puede ser de uno u otro norte. Es decir, podría venir de Estados Unidos, por ejemplo. Pero también podría venir de Haití, República Dominicana, Cuba, Jamaica… O de cualquiera de las islas de Barlovento. Incluso de las Bahamas. A estas alturas, ya no se puede saber eso, ¿verdad?

—No.

—¿Cuándo, cómo y dónde podrías atacar ese barco?

—Puedo enviarlo al fondo del mar en… cinco horas.

Brigitte estudió detenidamente el mapa, y movió la cabeza con gesto negativo.

—¡No…! No, no. Eso implicaría que ese barco, cargado con cincuenta millones de dólares en oro, se iría al fondo de la fosa. O del Caribe, si sigue por esta ruta, o la de las Guayanas, si cambia la ruta… ¿Por qué perder para siempre cincuenta millones de dólares?

—Bueno… —sonrió Nataniel—. Ya te he dicho que escucharé con sumo gusto tus sugerencias. Suponiendo que te parezca oportuno realizar ese ataque.

—Me temo que sí es oportuno, ya que eso nos concederá mucho tiempo: tendrán que buscar el barco hundido y, cuando lo encuentren, iniciar la labor de rescatar el oro… ¿Puedes hundirlo sin que mueran los tripulantes?

—Sí —sonrió de nuevo Nathan—. Aunque eso sería una labor de piratería un poco más laboriosa.

—La idea es buena… —rió Brigitte—. La vamos a estudiar los

dos con gran detenimiento. Desde luego, habrá que esperar a que el Júpiter esté cerca de la costa de Cayana… ¿Puedes… piratear por esas aguas?

—Desde luego. Y hasta puede ser divertido. ¿Vendrás conmigo?

—No… Me vas a facilitar todos los datos posibles sobre la capital de Cayana… Creo que se llama Cayanama, ¿no es así?

—Sí. Puedo, incluso, facilitarte un plano.

—Estupendo: Para cuando hundáis el Júpiter, yo quiero estar ya en Cayanama. ¿Conoces un hotel adecuado?

—El Palacio del Mar.

—Sugestivo nombre. Son ahora las once y veinte… ¿A qué hora calculas que puedes hundir el barco?

—Si hemos de esperar a que llegue a aguas poco profundas, no antes de… las diez o las once de la noche.

—De noche…, magnífico. ¿Y cuándo sabría yo, con toda seguridad, que el Júpiter había sido hundido?

—Podría enviarte a Nicolás al Palacio del Mar… Llegaría allá, en una avioneta o en el helicóptero, hacia la una o las dos de la madrugada, calculo. Es mejor esto qué ponernos en contacto por teléfono o cualquier otro medio.

—Desde luego —sonrió Brigitte—. Y, además, si necesitase ayuda, Nicolás estaría allí, siempre cerca de mí. ¿No es eso?

—Pensé que Nicolás te resultaría simpático… —sonrió, también, Nathan.

—La verdad es que sí —acabó por reír la divina—. Bueno, vamos a estudiar adecuadamente este pequeño problema de piratería antes de mi partida a Cayanama, la capital de Cayana…

Capítulo III

Hacia las seis de la tarde, la señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana, llegaba al Aeropuerto Nacional, de Cayana, en un vuelo directo que había partido de San Nataniel a las cinco y cuarto.

En un taxi descubierto, por demás pintoresco y agradable, se hizo llevar al hotel Palacio del Mar, que parecía digno de este nombre. Era un hotel lujoso, muy apropiado para turistas adinerados, y había sido construido sobre una formación rocosa que se adentraba en el mar, en el centro de la bahía donde se asentaba la capital, Cayanama.

No fue del todo fácil para la señorita Montfort conseguir una habitación en dicho hotel. Ya a las primeras objeciones, estuvo tentada de recurrir al dios dólar para convencer al conserje de que le interesaba tenerla como cliente, pero, con su habitual perspicacia, ni siquiera inició esta táctica, sino que recurrió a su simpatía personal.

Y eso fue todo un acierto. Tras las dos primeras negativas, el conserje empezó a sonreír y a examinar las listas de reservas. Ya no se produjo la tercera negativa, y, pocos minutos después, Brigitte quedaba instalada en una habitación doble, con baño, terraza sobre el mar, y la más espectacular y agradable vista panorámica de toda la bahía. Con lo que quedaba demostrado que no siempre el dinero es suficiente para conseguirlo todo.

Aunque sí vestuario, por ejemplo. En el propio hotel había una *boutique* en la que una dama podía proveerse de todo lo necesario para estar elegante y adecuada en cada momento. Incluso maletas. Adquirido todo un equipo completo, se dedicó a colocarlo en el armario, y finalizada esta rutinaria y metódica labor, bajó a cenar; Después de esto, alquiló un coche, con el que se dedicó a dar

vueltas por la ciudad, comprobando que el plano urbano facilitado por Nataniel era decisivo para sus andanzas por la capital de Cayana.

Hacia las once, con una idea muy clara respecto a las características de Cayanama, regresó al hotel. Y en su habitación se dedicó a examinar el directorio telefónico hasta localizar el nombre de Honorio Pérez, el general que estaba esperando un cargamento de oro para, con él, comprar las armas que estaban navegando hacia allí en tres barcos procedentes de Europa.

El general Honorio López vivía en la Avenida Cerrillo, 128. Localizó este lugar en el mapa, comprobando que la residencia privada del general no estaba muy lejos de la Casa Presidencial, ante la cual había pasado poco antes con el coche.

Convencida de que por el momento no podía hacer más, se puso una de las encantadoras camisitas de dormir que había comprado en el mismo hotel, se sentó en un sillón y se dedicó, en primer lugar, a leer los dos periódicos de la tarde que había comprado. Luego, hojeó algunas revistas, sonriendo, pero sabiendo muy bien que el pulso de un país también puede conocerse en publicaciones no tan serias como los periódicos noticiarios…

A la una y veinte de la madrugada sonó el teléfono de su habitación.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, sí…

—¡Ah! ¿sí? Por favor, que suba…

—¡Oh, bien! Sí, comprendo. Bien, es un compañero de profesión que viene a traerme unos datos. No estará en mi habitación más de quince minutos. Ni siquiera eso.

—Gracias. Lo espero. Colgó el auricular y se dirigió sonriendo hacia la puerta. Evidentemente, el hotel Palacio del Mar era muy serio… Abrió la puerta de la habitación en cuanto sonó la llamada, y el feo Nicolás entró, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Carambaina! —dijo—. Debo ser mucho más guapo de lo que he creído hasta ahora, señorita Montfort.

—¿Sí? —sonrió la divina, cerrando la puerta—. ¿Por qué dice eso, Nicolás?

—Bueno, si el conserje ha pensado que usted podía recibirme

para asuntos… amorosos, supongo que no le he parecido demasiado feo.

—Y no lo es —rió Brigitte. Fue a sentarse en el borde de la cama, y señaló a Nicolás uno de los silloncitos del dormitorio—. ¿Cómo ha ido el asunto?

Nicolás Pozas alzó un puño, con el pulgar apuntando hacia arriba.

—Hecho. Ha sido sorprendentemente fácil.

—¿Sorprendentemente fácil? —entornó Brigitte los ojos—. ¿Qué quiere decir?

—Pues que la gente del Júpiter podían esperar cualquier cosa menos un ataque de piratas. Yo creo que todavía deben estar estupefactos.

—¿Los tienen prisioneros, entonces?

—Sí, claro.

—¿No murió nadie?

—Nadie.

—Muy bien… ¿Cómo se ha desarrollado todo?

—Tal como usted y Nataniel lo prepararon. Nataniel reunió a sus hombres de confianza del servicio secreto y prepararon media docenas de lanchas, en las que escondieron ametralladoras para instalarlas en la borda una vez en alta mar. Esperaron a la noche para acercarse al Júpiter. Lo rodearon y, con un altavoz, les dieron órdenes para que se pusieran al pairo, en lo que fueron obedecidos inmediatamente.

—¿Inmediatamente? ¿No se opusieron? ¿No presentaron resistencia de ninguna clase?

—No, en absoluto.

—¿No? Pero debían llevar alguna clase de armamento más o menos camuflado…

—No, nada. Por otra parte, los nuestros dijeron ser del servicio guardacostas de San Nataniel, así que la acción debió parecerles legal a los tripulantes del Júpiter. Al fin y al cabo, el Júpiter navega con pabellón de Cayana, y puesto que estaban cruzando aguas próximas a las jurisdicciones de San Nataniel, debieron pensar que los guardacostas, en un exceso de celo, se estaban excediendo, pero eso era todo. Es fácil comprender que les pareció cómodo y fácil permitir una inspección, en el supuesto de que no nos convenciesen

de que no teníamos derecho a abordar su barco en aguas libres…

—¿Les pareció fácil permitir una inspección? ¡Vamos…! Eso no parece razonable en los ocupantes de un barco que transporta un cargamento de oro, Nicolás.

Nicolás Pozas miraba fijamente a Brigitte. Susurró:

—Nataniel me ha encargado especialmente que le diga que, a su juicio, los tripulantes del Júpiter no sabían que transportaban oro.

Brigitte quedó realmente pasmada durante unos segundos.

—¿Que no sabían…? ¡Pero eso no es posible! ¡Santo cielo…! ¿Qué creían que transportaban, entonces?

—Maquinaria adquirida en Cuba para Cayana. Maquinaria agrícola… Concretamente, para la recolección de la caña de azúcar.

Baby iba de pasmo en pasmo, no acertaba a cerrar su boca. El asombro era tal, que le costaba encontrar las palabras para expresarse.

—¿Eso quiere decir que el barco partió de Cuba?

—Sí.

—¿Y el personal es cubano?

—Sí.

—¿Pero no llevaban maquinaria agrícola, sino oro?

—Sí, oro.

—¿Y qué dijo el capitán del Júpiter cuando se le demostró que, no llevaban maquinaria?

—No dijo nada, porque Nataniel no le informó de ello. Los obligaron a pasar a las lanchas, y fueron conducidos a una isla de las nuestras. Un islote, donde permanecerán bajo vigilancia hasta que usted o Nataniel decidan lo contrario. Naturalmente, para entonces, el capitán del Júpiter ya estaba convencido de que no se trataba de guardacostas de San Nataniel, sino de piratas cuya nacionalidad, tras el engaño, podía ser cualquiera, ya que la mayor parte de la conversación entre los nuestros se desarrolló en inglés, conforme decidieron usted y Nataniel. Así pues, los tripulantes del Júpiter están prisioneros en una isla, preguntándose para qué pueden querer unos piratas un cargamento de maquinaria agrícola.

—¿Y el barco?

—Fue conducido al lugar elegido por usted y Nataniel, y hundido, con el cargamento de oro. No será fácil recuperarlo, pero desde luego, puede hacerse, según lo previsto.

—Sí, ya sé. Bien… Bueno, no entiendo esto muy bien…, a menos que sean los cubanos quienes hayan enviado ese oro, cosa que no me parece admisible, la verdad. Entonces… debemos pensar en esa llamada Organización América. Es evidente que dispone de medios para cargar con oro un barco cubano, con tripulación cubana, y hacerlo zarpar como si transportase maquinaria agrícola. Pero, claro, esto también podría ser una maniobra cubana… dirigida desde Moscú. A fin de cuentas, las armas también vienen de Europa… Pero, no. Es absurdo que Cuba envíe oro a Cayana para pagar armamento que envía Rusia… ¿No le parece?

—Eso mismo es lo que dijo Nataniel.

—De acuerdo… Nada de rusos ni de cubanos, entonces. Estamos, sencillamente, enfrentados a esa Organización América…

—No parecen muy listos, ¿verdad? —sonrió Nicolás.

—¿Por qué dice eso?

—No se si yo enviaría un cargamento de oro sin protección de ninguna clase… ¿Usted sí, señorita Montfort?

—No lo sé… De todos modos, Nicolás, todo esto puede tener varias explicaciones.

—¿Varias? —Se pasmó, ahora, Pozas—. Por favor, dígame alguna.

—Una de ellas podría ser que la Organización América confiaba ciegamente en el absoluto secreto sobre ese envío, y, por tanto, no tenían por qué complicar las cosas instalando armamento en un barco de carga como el Júpiter. Todo sencillo y tranquilo.

—Sí, claro. ¿Qué otra explicación se le ocurre?

—Pues… quizá a la Organización América no le importaba que el oro fuese robado.

—¿Qué dice? —Se quedó estupefacto Nicolás.

—Es sólo una posibilidad; una teoría… Aunque supongo que la más razonable es la primera: confiaban en el secreto absoluto, en que nada iba a suceder. De lo contrario, todo se complicaría tanto, que yo no entendería nada de nada… Por lo tanto, vamos a partir de que existen cuatro grupos bien definidos. Uno: el presidente Gabriel Trujillo, y nosotros, que estamos de su parte. Dos: el general Honorio Pérez, que está esperando el oro para pagar las armas que ya están en camino. Tres: las personas que envían esas armas. Cuatro: la Organización América, que ha facilitado el oro a Honorio

Pérez, cualquiera sabe con qué fines exactos. ¿Qué le parece, Nicolás?

—Pues a mí, la verdad, me parece todo bastante complicado.

—¿Alguna vez antes de ahora —preguntó de pronto Brigitte— habían oído ustedes hablar de la Organización América?

—No.

—¿Tiene usted amigos aquí, en Cayanama?

—Mmm… Pues… Bueno…

La divina espía se echó a reír.

—¡Entiendo! Nataniel tiene aquí un grupito de agentes, pese a ser tan amigo de don Gabriel Trujillo y sostener con esté país tan óptimas relaciones… ¿No es así, Nicolás?

—Pues…, sí.

—Estupendo. Va a dedicar, usted, el resto de la noche, a realizar contactos con esos agentes de San Nataniel. Con la máxima discreción, Nicolás, pues no hay que rechazar la posibilidad de que estén vigilados, considerando que la situación latente en Cayana es… anormal. Pero sea como sea, haga contacto con alguno de esos amigos de ustedes, y pregúnteles qué saben de la Organización América.

—Si supiesen algo, ya lo habrían comunicado a Nataniel, señorita.

—Sí… Claro. Pero, de todos modos, dedíquese a eso. Quizá en las últimas horas está sucediendo algo nuevo.

—Está bien. ¿La llamo por teléfono cuando sepa algo?

Brigitte movió la cabeza negativamente. Fue al armario, sacó el maletín, y de él, la pequeña radio que parecía un transistor, así como el paquete de cigarrillos que contenía la de repuesto. Entregó la primera a Nicolás.

—¿Sabe utilizarla?

—Toma, claro.

—Me alegro —sonrió ella—. Tanto la que se queda usted como la que me quedo yo —mostró el paquete de cigarrillos—, tienen todavía onda de Washington, así que no es probable que nadie pueda interceptar nuestros contactos. Llámeme por ella en cuanto le hayan informado de algo sobre la Organización América. Pero si a las nueve de la mañana todavía no ha averiguado nada, llámeme de todas formas.

—Entendido. ¿Ahora tengo qué irme?

—Será lo mejor… No me gustaría que el conserje subiese a buscarlo: éste es un hotel muy decente.

—Y muy caro.

—¡Adiós, Nicolás…! Y tenga mucho cuidado.

Nicolás Pozas encogió los hombros, sonriendo secamente, dando a entender que no temía a nada ni a nadie. Se metió el pequeño transistor con radio en un bolsillo, miró expresivamente a Brigitte de arriba abajo, le guiñó un ojo y se dirigió hacia la puerta.

De nuevo sola, Brigitte se tendió en la cama, tras dejar el paquete de cigarrillos sobre la mesita de noche, a su pronto alcance y musitó, para sí misma:

—Un barco con pabellón cayanameño que se dirige a Cayana con tripulación cubana, la cual cree que transportan maquinaria agrícola…, pero que, efectivamente, transportaban un cargamento de oro… Y tres barcos cargados de armas que están navegando hacia aquí procedente de Europa… ¿Qué será eso de la Organización América… y qué se proponen con todo esto? Bien, esperemos que Nicolás pueda llamarme antes de las nueve de la mañana para decirme algo sobre esa organización…

Capítulo IV

Nicolás llamó por la radio a las nueve en punto de la mañana, cuando Brigitte se había duchado ya, y esperaba sentada en la terraza, contemplando el mar y fumando un cigarrillo.

—¿Sí?

—Lo siento —oyó la voz de Nicolás—. No la he llamado durante la noche porque no he sabido nada de esa organización. Por aquí, nadie sabe nada de ella. Y le aseguro que he movilizado a todo el personal… Espero que Nataniel no me regañe por ello, señorita.

—No se preocupe por eso. ¿Han tenido alguna contrariedad?

—No, no. Ninguna. Todo está en calma… ¿Quiere usted alguna información sobre el general Pérez?

—No estaría de más. ¿Qué información es ésa?

—Ninguna.

—¿Cómo? —Frunció el ceño Brigitte.

—Pues eso: ninguna. No pasa nada, todo está en calma, el general Honorio Pérez sigue con su vida de siempre, no hay en el país actividad especial de ninguna clase… No pasa nada. Por lo menos, mis compañeros de aquí no han notado nada en ningún sentido. ¿Puedo hacer algo más?

—No… Por el momento, no. Siga investigando sobre lo mismo, Pero si tuviese que alejarse de Cayanama más de cincuenta millas, avíseme antes: nuestras radios sólo tienen ese alcance, como máximo. Si le necesitase, le avisaría. Mientras tanto, siga con eso.

—Muy bien. ¿Quiere que transmita algún mensaje a Nataniel, utilizando nuestra radio?

—No. Puesto que todo está tan tranquilo, aceptemos la situación. Hasta la vista, Nicolás.

—Eso espero, cachonda.

Casi riendo, Brigitte cerró la radio, la dejó sobre su regazo, y continuó fumando, mirando de nuevo hacia el mar, y muy

pensativa.

Muy bien. Estaba en la zona del Caribe. Y ciertamente, ella podía recurrir a personal mucho más capacitado que el de Nataniel para obtener información sobre la Organización América… Sólo tenía que cambiar la disposición de las placas de su radio, llamar, y al instante un agente de la CIA residente en Cayana le contestaría.

Durante un par de minutos, estuvo vacilando; Por fin, decidió hacerlo. Con el pequeño punzón, cambió la disposición de las placas de la radio, y, apenas había terminado, ésta comenzó a sonar, sobresaltándola: bip-bip-bip-bip-bip…

No poco tensa, apretó el botoncito de apertura del canal.

—¿Sí? —susurró. Hubo unos segundos de silencio. Luego, una voz masculina preguntó, no menos tensa que la de ella:

—¿Quién es usted?

Baby se pasó la lengua por los labios.

—¿Y usted? —inquirió.

La comunicación quedó cortada en el acto. Brigitte parpadeó, vaciló… Y llamó ella. La misma voz masculina brotó de la radio:

—¿Sí?

—¿Simón? —preguntó la espía.

De nuevo unos segundos de silencio. Luego, la voz del hombre, un poco incrédula:

—¿Baby?

—Sí.

—Por Dios… ¿Realmente está usted aquí, en Cayanama? ¿Cómo lo han sabido tan pronto? ¡Ni siquiera he podido…!

—Cálmese, Simón. No sé de qué me está hablando, así que lo mejor será que si tiene que decirme algo empiece por el principio. ¿Qué está ocurriendo?

—¿No lo sabe? Entonces, ¿qué hace aquí?

—Estoy de paso, y llamaba solamente para obtener una información de ustedes. Pero por supuesto, si me necesitan, pueden contar conmigo.

—¿Si la necesitamos? —Casi gritó Simón—. ¡Soy el único que queda con vida, en este maldito país! ¡Los han matado a todos, nos han destrozado la red de residencia, nos han quitado la radio, nos…!

—Simón… Simón, por favor cálmese —Brigitte estaba tan pálida

como un cadáver—. ¿Qué quiere decir, con eso de que es usted el único que queda con vida?

—¿No lo entiende? Bueno, pues se lo diré más claro: ¡los han matado a todos! ¡A todos…! Y naturalmente, me estoy refiriendo a mis compañeros, a sus Simones… ¿Lo entiende ahora? ¿Lo comprende? ¡Los han matado a todos, a todos, a todos…!

—Simón… —gimió Brigitte—. Simón, por Dios, cálmese… Se lo suplico, cálmese. ¿Dónde está usted, cómo está…? ¿Está herido?

—Estoy herido, sangrando como una bestia, y metido en un maldito agujero que puede ser mi tumba, de un momento a otro, salvo que se hayan cansado de buscarme…

—¿Quiénes? ¿Quiénes le buscan?

—No lo sé… ¡No lo sé! ¡Sólo sé que…!

—Dígame dónde está, y pasaré a recogerlo inmediatamente… ¿Qué clase de herida es la suya?

—En una pierna… No parece muy grave, pero desde luego no podría correr ni cincuenta yardas. Muy poco para escapar de dos coches llenos de tipos disparando contra mí, ¿no le parece?

—Dígame dónde está y yo…

—¿Y por qué demonios he de decírselo? ¿Cómo puedo saber que esto no es una trampa…? ¿Puede demostrarme que usted es Baby?

—Quien mata a un Simón —dijo, con voz ronca, Brigitte—, jamás tendrá mi perdón.

En la radio se oyó el profundo suspiro del agente de la CIA. Luego, de nuevo su voz:

—De acuerdo —musitó—. Estoy en…

Estaba a mitad de la empinada calle cuando a su derecha apareció otra, más estrecha, cruzando la primera. Se metió por allí sin vacilar, siempre alerta pese a la gran tranquilidad que sentía. Por fin, se detuvo ante una de las casas… Lo que quedaba de una casa, mejor dicho.

Tan sólo quedaba la mitad de una gran puerta de madera, podrida y caída hacia un lado, dejando paso libre, aunque con cierta dificultad. Miró al interior, y sus ojos se acostumbraron rápidamente a la penumbra. Por lo que vio, aquella vieja casa abandonada era utilizada por los vecinos como un vertedero de basuras. Miró a ambos lados, no vio a nadie, y se metió allí, pisando cosas blandas, percibiendo los desagradables olores. Tuvo un breve

gesto de asco, pero siguió adelante. Al fondo había una puerta, y la empujó, apretando los dientes al oír el chirrido de las oxidadas bisagras.

—¿Simón?

—Pase… Tengo una pistola, desde luego.

Brigitte acabó de abrir la puerta, entró, y volvió a cerrarla, soportando el desagradable chirrido. La oscuridad era total allí dentro, y los malos olores parecían condensarse de un modo muy definido: olía a deyecciones.

—Simón…

—Yo la estoy viendo a usted,… Y todavía no me fío. Deje esas cosas en el suelo, y levante los brazos. Le aseguro que la veo perfectamente… ¡Obedezca!

Baby se inclinó, depositó en el sucio suelo el maletín y la maleta, y alzó los brazos. Por detrás de ella, oyó el rumor de unos pasos torpes. Luego, el frío de una pistola en la nuca…

—Si se mueve, disparo —oyó el jadeo—. ¿Lleva armas?

—En el maletín, sí. Sobre mi persona, no.

Una mano comenzó a deslizarse por su cuerpo. Por todo su cuerpo, mientras ella permanecía inmóvil completamente. La mano se deslizó por sus sobacos, por las piernas, por las ingles, sobre los senos, se introdujo en el escote…

—¿Cómo se llama nuestro jefe directo de la Central? —preguntó, de pronto, el hombre.

—Para mí, Simón.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, la voz del hombre, como rota, casi sollozante.

—Perdóneme… ¡Perdóneme, pero…!

—Tranquilícese… —musitó ella, dulcemente—. He traído una linterna. ¿Puedo bajar los brazos? Ante todo, conviene examinar esa herida, Simón.

—Sí… Sí, haga lo que quiera, lo que sea…

También Brigitte comenzaba a distinguir los contornos de las cosas allí dentro. Se inclinó sobre el maletín, volviendo la cabeza, y vio la figura humana tras ella, encogida, ladeada. Abrió el maletín y sacó la linterna.

—Tenga —le tendió—. Ilumine la herida.

Apareció el círculo de luz, iluminando una pierna cubierta por

un pantalón manchado de sangre. El agente de la CIA se sentó. Ella se acercó, con el maletín, y comenzó a sacar cosas, que ponía en el interior de la tapa. La pistolita quedó visible, pero ni siquiera la tocó. En cambio, tomó unas pequeñas tijeras, con las que cortó la pernera del pantalón, por encima de la rodilla. La herida estaba en la pantorrilla, y tras un breve examen, la espía sonrió, aliviada.

—No es gran cosa… —murmuró—. No ha interesado el hueso, ni es muy profunda. Podrá caminar relativamente bien, en cuanto la haya limpiado y vendado. En la maleta traigo ropa para usted… Espero que no mida más de metro ochenta.

—No… No.

—Bien. ¿Qué ha pasado, Simón?

—Le digo que no lo sé… Aquí llevamos todos una vida independiente, no nos relacionamos mucho, visiblemente, al menos…

—Sí, comprendo. Lo normal y lógico.

—Sí… Bueno, anoche tenía turno en la radio, así que a eso de las doce de la noche, hora del relevo, fui allá. Me metí como un tonto dentro de la casa donde tenemos instalada la emisora, y lo primero que ocurrió fue que recibí un balazo en la pierna… Y si me pregunta cómo es posible que no me volaran la cabeza con los demás disparos, le diré que a partir de anoche creo en los milagros, porque lo… ¡Ay!

—Lo siento… Lo siento de veras, Simón.

—No hable ahora, si no puede.

—Sí… Sí puedo, sí… —jadeó el agente de la CIA—. Es que… no esperaba el alcohol… Sí, un milagro. Salí de allí como un loco, ya puede figurárselo… Detrás mío salieron no sé cuántos hombres disparándome, pero entonces ni siquiera pensaba en que tenía herida la pierna, así que corría con toda mi fuerza… Se metieron en dos coches que estaban por allí, y se lanzaron detrás mío. El punto de la emisora no está muy lejos de aquí, así que me dije…, me dije…

—¿Duele mucho?

—Es… es soportable… Me dije que lo mejor era meterme por estas calles, pues así no podrían, utilizar los coches para perseguirme. Y así fue… No me pregunte más, porque no sé nada más…, salvo que nunca antes, en mi vida, me había sentido tan…

tan conejo como en las horas de esta noche…

—Ya es de día —murmuró Brigitte—. ¿Nadie se ha ofrecido durante esta noche para ayudarle?

—He estado llamando por la radio toda la noche… y nadie me ha contestado. Ya se lo he dicho: los mataron a todos, a todos… De no ser así, alguno me habría contestado… ¡Por Dios, no entiendo lo que ha pasado; no lo comprendo! Los hombres destinados aquí ni siquiera somos agentes de primera categoría, no hacemos nada importante, ni…

—¿Ha oído hablar de la Organización América?

—No… ¿Organización América? No, no… ¿De qué se trata?

—No lo sé.

—Pero usted ha dicho…

—Es sólo una suposición mía, basada en otros acontecimientos que se están desarrollando en Cayana.

—¿Acontecimientos aquí? ¿Es una broma?

—No, Simón. ¿Conoce al general Pérez?

—¿Honorio Pérez? Claro… Todo el mundo conoce a Honorio Pérez en Cayana, naturalmente. ¿Qué pasa con él?

—Es muy posible que él esté relacionado con todo esto. Y si es así, no vivirá ni siquiera veinticuatro horas.

—Pero, no…, no entiendo nada de lo que dice, Baby…

—Se lo explicaré más tarde. Bien, esto ya está… ¿Cómo se siente?

—No sé…

—Póngase en pie, y camine un poco. Si está en condiciones, póngase la ropa que le he traído, y saldremos de aquí. La zona está despejada, se lo aseguro. Y tengo un coche abajo, en la Plaza de los Navegantes.

—Si está su coche ahí abajo, también pueden estar los dos coches que me persiguieron.

—Quizá —hubo un tono de alarma en la voz de Brigitte—. ¿Los reconocería si volviese a verlos?

—¡Claro que sí! Incluso recuerdo la matrícula de uno de ellos, en blanco, con una franja azul…

—¿Recuerda la matrícula? —exclamó Brigitte—. ¡Eso puede sernos de gran utilidad, Simón!

—A los muertos nada les es de utilidad —susurró Simón—.

Supongo que usted está aquí sola, como siempre.

—¡Sí…! Sí, claro. Bueno, en cierto modo.

—¿Qué quiere decir?

—Dígame cómo son esos coches, y mientras usted se viste, yo voy a volver a la plaza. Si veo un coche que pueda ser los que le persiguieron, volveré a buscarlo, y nos iremos por otro lado. Pero si dentro de diez minutos no he regresado, baje a reunirse conmigo… ¿Podrá caminar solo?

—Caminar, sí. ¿No está sola en Cayanama?

—Se lo explicaré luego, en el coche. Deje aquí sus ropas, la maleta, todo lo que pueda ser identificado… Simplemente, salga a la calle y baje a la Plaza de los Navegantes.

—Está bien. Yo siento… Bueno, lamento… haberla manoseado de ese modo, y…

—No diga tonterías —cortó dulcemente Brigitte, encontrando una mano del agente de la CIA y apretándola—. Hasta ahora mismo.

Salió de aquella habitación y luego, tras mirar cautelosamente a ambos lados de la estrecha calleja, de la casa.

Diez minutos más tarde vio, caminando de tal modo que no era posible adivinar que estaba herido, a Simón, descendiendo tranquilamente, al menos en apariencia, hacia la plaza…, en la cual, desde luego, no había ningún coche blanco con una franja azul, ni ningún otro que le resultase sospechoso. Puso en marcha el motor, se acercó, y Simón se sentó rápidamente a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó, mirando con inquietud a todos lados.

—Alquilaremos un apartamento o un, *bungalow* para usted. Lo que resulte más discreto. ¿Cuál era esa matrícula? La del coche blanco con franja azul.

—Si no recuerdo mal, y no lo creo —dijo, duramente, Simón—, era CY2618A.

Brigitte asintió, alzó hasta su boca el paquete de cigarrillos con la radio, a la cual había vuelto a cambiar la onda, y apretó el botoncito de llamada.

—¡Hola…! —resonó la voz de Nicolás—. ¿Me está llamando?

—Así es, Nick. ¿Está todavía en contacto con sus amigos?

—Claro. Oiga, ¿por qué me llama Nick?

—Para abreviar. Quiero que busquen un coche azul y blanco cuya matrícula es CY2618A. Cuando lo encuentren, llámeme por la radio. Sólo eso… Supongo que sus amigos están capacitados para una cosa tan sencilla.

—Yo también lo supongo —rió Nicolás—. Nos vamos a poner en ello inmediatamente. ¿Algo más?

—No.

—Pues hasta pronto, señorita Mon…, Brigitte cerró la radio rápidamente, y la guardó. Cuando miró a Simon, éste la miraba sonriente.

—Ese cretino iba a llamarla por su nombre, ¿verdad?

—Lo cual quiere decir que no es de los nuestros… O sea, que no es un Simón.

—No lo es.

—Y usted, más lista y veterana que él, lo llama Nick, para que yo no sepa cuál es su verdadero nombre.

—¿Le parece mal?

Simón se quedó mirando sombríamente hacia delante, y tardó bastante en contestar, con voz apagada:

—Lo que me parece mal es que no todos sean tan cautos como usted. Me pregunto qué ha pasado, quién ha podido delatar a los residentes de la CIA en Cayanama…, y, en todo caso, por qué nos han atacado de ese modo… La mayoría de nosotros llevábamos aquí mucho tiempo, nos conocíamos con los del servicio secreto de Cayana, y de otros países, nos mirábamos con sonrisita amablemente irónica… Nunca había pasado nada, nada… No lo comprendo… ¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

—¿Cuál? ¿Organización América?

—Sí, ése.

—Según parece, es una organización que tiene proyectado algo especial en Cayana. Tan especial, que han enviado cincuenta millones de dólares, o una cantidad más o menos importante que ésta, al general Honorio Pérez.

—¿Para qué? —Se pasmó Simón.

—Para que pague un cargamento de armas que están en camino de Cayana desde Europa, en tres barcos.

Simón se quedó mirando a Baby con los ojos y la boca muy abiertos, incrédulo.

—¿Está usted hablando en serio? —exclamó por fin.

—Yo no creo que éste sea momento para bromas, Simón.

—Pero..., ¿para qué quiere el general Pérez un cargamento de armas?

Brigitte lo miró amablemente, y movió la cabeza.

—No lo sé.

—Entiendo —murmuró Simón, cada vez más sombrío—. Soy yo quien tendría que estar al corriente de los planes del general Pérez, ¿no es lo que piensa?

—No se torture... —La divina le dio una palmadita en una mano —. Y se me está ocurriendo otra cosa: ¿dónde está nuestro punto de la radio en la ciudad?

—Calle Escollera, 74.:. ¿Por qué?

Brigitte volvió a recurrir a la radio de bolsillo. La voz de Nicolás brotó impetuosamente del pequeño aparato.

—¡Hola! ¿Verdad que me está llamando otra vez? —En efecto, Nick. Además de buscar el coche que le he dicho antes, quiero que investiguen cómo están las cosas en el número 74 de la calle Escollera. Pero hágalo con mucho cuidado, pues quizá hayan allí hombres que dispararían contra ustedes, a matar. ¿Está claro?

—Carambaina... ¡Está clarísimo!

—Y sobre todo, no compliquen su servicio secreto en el asunto. Si ven demasiadas dificultades, déjenlo. Es todo. ¡Adiós! —Cerró la radio rápidamente; y la guardó—: Veamos si es posible encontrar un lugar adecuado para tomarnos un descanso, Simón.

Capítulo V

Esta vez el dios dólar sí resultó eficaz. Encontraron un pequeño *bungalow* al sur de la ciudad, muy cerca de la playa. Simón le había indicado a Brigitte una agencia dedicada a alquiler de casas y villas, y el asunto se resolvió rápidamente, de tal modo que antes del mediodía los dos estaban instalados allí. Por el camino habían comprado provisiones, y, antes de consumirlas, ambos se bañaron. Primero Simón, al que Baby hizo una nueva cura en la pierna, muy satisfecha del buen aspecto de la herida. Luego lo hizo ella, y finalmente, mientras almorzaban, cambiaron impresiones, de modo que cada uno estuvo al corriente de los conocimientos del otro.

El más asombrado, ciertamente, era Simón.

—Pero es que no logro entenderlo —insistía una y otra vez—: ¿para qué quiere el general Pérez esas armas? Y no me diga que para dirigir una revolución.

—¿Por qué no? —Encogió los hombros Brigitte—. Es un asunto vulgar, pero factible, me parece a mí.

—Pues yo lo encuentro absurdo. En primer lugar, tengo el convencimiento de que el general Pérez es fiel al presidente Trujillo. Y en segundo lugar, si son para una revolución, no necesita comprar armas a nadie. En Cayana hay las suficientes, y todas ellas, naturalmente, están a disposición del general Pérez, que es comandante en jefe de las fuerzas armadas del país.

—No se me había ocurrido eso —sonrió Baby.

Simón la miró, frunció el ceño, y acabó por sonreír.

—Supongo que ya lo había pensado, claro… Bien, ¿qué hacemos nosotros ahora?

—Esperar —musitó la espía.

La espera terminó un poco antes de las cinco de la tarde. La radio sonó, y Brigitte la atendió inmediatamente.

—¿Sí?

—¡Hola! ¡Soy yo, Nick! ¿Cómo debo llamarla?

—Veo que ha comprendido —sonrió Brigitte—. Llámeme Marina; es un hombre que me gusta. ¿Han averiguado algo, Nick?

—Todo. En primer lugar, le diré que incluso hemos estado en la casa número 74 de la calle de la Escollera… ¿Tiene usted una idea, de lo que hay allí, señorita Marina?

—¿Hombres muertos? —musitó Brigitte.

—No… No, no. Pero quizá los hubo. Hemos encontrado manchas de sangre por el suelo… También hemos encontrado lo que queda de una emisora. Una estupenda emisora hecha pedazos. Y eso es todo.

—¿Y respecto al coche?

—El coche CY 2618 A pertenece a un tal Nemesio Merino. Vive en la ciudad, en el 1615 de Carrera Treinta. Hemos buscado ese nombre y dirección en el listín telefónico, y concuerda. Al parecer, el señor Merino es un abogado.

—Un abogado… Bueno, no creo que eso importe. Ha sido un buen trabajo, Nick. Muchas gracias.

—Tonterías… ¿Qué más hacemos, qué más?

—Nada más. Desaparezcan de escena.

—¡Pero…!

—Naturalmente, volveré a llamarlo en cuanto lo necesite.

—Pero es que… Bueno, nuestro amigo me dijo…

—Imagino perfectamente lo que le dijo nuestro amigo, Nick. Sin embargo, por el momento, considero que es mejor que ustedes se mantengan al margen. Hasta la vista.

Cerró la radio y miró a Simón, que la miraba a su vez, expectante.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—No sé. ¿Conoce a usted a ese abogado llamado Merino?

—Es la primera vez que oigo su nombre. Ni idea.

—¿En algún momento han mencionado ustedes, mis Simones, la existencia o posible presencia de Baby en Cayana?

—Claro que no —respingó Simón—. Es más, en el último lugar del mundo en el que esperábamos encontrarnos con usted era en Cayana. Este país jamás ha valido la pena en asuntos de espionaje.

—Bien… Pues parece que las cosas han cambiado. Y como el

señor Merino no tiene ni remota idea de la existencia de Baby, vamos a hacerle una visita… de cortesía.

—Estupendo —brillaron los ojos de Simón—. ¡Tengo grandes deseos de hacerle a ese tipo…!

—Al decir vamos ha sido un modo de hablar —rechazó Baby las claras intenciones de Simón—. Iré sola.

El agente de la CIA parpadeó.

—Es una imprudencia… —susurró—. Puede que el otro coche esté por allí, Baby. Y por lo tanto, varios hombres, a los que usted no conoce, lo cual la coloca en clara desventaja. La pueden rodear sin que usted sospeche de nada… En circunstancias normales, su visita a Nemesio Merino utilizando cualquier pretexto, me parecería bien. Pero ahora, ese hombre, y sus amigos, estarán alerta, tensos. Saben que uno de nosotros escapó, no confiarán en nada ni en nadie; pueden alarmarse hasta por la simple visita de una muchacha preciosa y de aspecto inofensivo.

—Quizá tenga razón —admitió Brigitte, vacilante—. Pero su herida…

—Déjeme acompañarla. Me quedaré dentro del coche, con la pistola preparada… Usted haga las cosas a su manera, pero déjeme que yo esté cerca, por si necesitase ayuda.

—Pero su pierna…

—¡Al demonio mi pierna! —gritó Simón, poniéndose en pie—. ¡Puedo caminar perfectamente, sobre todo si se trata de estar cerca de usted! Escuche, yo no soy nadie, no soy nada, un simple agente secreto que debería estar muerto, como sus compañeros… Por Dios —su voz se tornó ronca—: ¡no me obligue a ser también el hombre que dejó sola a Baby en un momento que…!

—Está bien, Simón —Brigitte se puso en pie, y le besó en una mejilla—. Tranquilícese. Iremos los dos. Pero usted se quedará en el coche, esperándome, a distancia prudente de la casa de Nemesio Merino. Y no intervendrá salvo que sea absolutamente necesario… ¿Acepta estas condiciones?

—Desde luego —apareció una expresión radiante en el rostro del espía—. ¡Desde luego que las acepto!

—Pues vamos allá.

Brigitte detuvo el coche y señaló hacia delante, donde se veía un grupo de casitas muy parecidas, bien alineadas, con fachada a una

acera adornada con palmeras y provistas de un pequeño jardín delantero. Era un bonito lugar.

—Tiene que ser una de esas casas, a juzgar por la numeración… No lo olvide, Simón: no intervenga, salvo en caso estrictamente necesario.

—Vigilaré desde aquí. ¿Qué piensa hacer? ¿Qué truco piensa emplear con ése hombre?

—No lo sé… —sonrió ella—. Todo depende de cómo estén las cosas en la casa. Si está solo, haré una cosa; y si está acompañado, me amoldaré a las circunstancias. De un modo u otro, el señor Merino tiene un negro futuro por delante. Negro, y, mucho me temo, muy corto.

Abrió el maletín, sacó la pistolita y la deslizó en el escote, y tras cerrar el maletín lo tomó por el asa y se apeó, sin más comentarios. Se dirigió hacia las casas y fue mirando la numeración. Al ver el número que buscaba entró en el jardín, muy decidida. Fue a la puerta y apretó el timbre.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y apareció un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, rostro muy agradable, atractivo en grado sumo, que la contempló amablemente.

—¿Qué desea?

—Entiendo que el abogado señor Merino vive aquí —sonrió encantadoramente Brigitte.

—En efecto —acabó por sonreír también el hombre—. Soy yo mismo. Pero… ¿busca usted al señor Merino o al abogado Merino?

—¡Oh…! Al abogado, por supuesto. Tengo un…

—Lo lamento. De veras lo lamento, señorita, pero temo que se ha equivocado usted. Este es mi domicilio particular, no mi despacho… Precisamente no hace mucho que he llegado de allí. Y por hoy, la consulta ha terminado. Lo siento. De todos modos, si quiere ir mañana a mi despacho.

—¡Es un asunto tan urgente! —Se mordió los sonrosados labios la bellísima visitante—. Comprendo lo que dice, señor Merino, pero si pudiese atenderme ahora… No le molestaré demasiado, se lo prometo.

—Bueno —vaciló Merino—. No tengo mi casa acondicionada para trabajar, ni tengo pasantes, aquí… ¿De qué se trata…? ¡Oh, está bien, pase! Perdone que no la atienda debidamente, pero estoy

solo. Espero —sonrió— que eso no le importe.

—Claro que no… —sonrió de nuevo Brigitte, entrando en la casa —. Y muchas gracias por recibirme.

Nemesio Merino cerró la puerta y se quedó mirando con gran atención a su visitante, a la luz del sol que entraba por la ventana que había junto a la puerta, y que daba en la espalda, a Brigitte. La silueta que quedó recortada en el resplandor solar no podía ser más bella, ciertamente.

—Por aquí, por favor —señaló el abogado.

Abrió la puerta, y Brigitte entró en un pequeño despacho, cuya ventana, a la derecha de la entrada, también daba a la fachada de la casa, así que desde allí se podía ver la calle.

—Es un bonito despacho —comentó.

—Pero, como ve, no es un despacho profesional… Por favor, siéntese. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Ya hace bastante ofreciéndome su tiempo, señor Merino.

—En realidad, no tiene importancia. Es sólo que siempre he querido separar mi trabajo de mi vida privada. Me gusta la tranquilidad y la soledad.

—Lamento que…

—¡Oh, no se preocupe demasiado! En realidad, me alegro de su visita. Sólo un chiflado habría rechazado recibir a una joven tan encantadora. Bien… —Se sentó tras la mesa—, ¿en qué puedo servirla?

—Entiendo que tiene usted un coche blanco, con uña franja azul, cuya matrícula es CY2618A.

—Sí… —Alzó las cejas Merino—. En efecto. Está ahora en el garaje. ¡Santo cielo! —se alarmó cómicamente el abogado—. ¡No irá a decirme que tiene alguna denuncia automovilística precisamente contra mi coche!

—En cierto modo —sonrió Brigitte; metió dos deditos en el escote, sacó la pistola y apuntó a la cabeza a Merino, que respingó y se quedó mirándola con los ojos muy abiertos—. Tengo informes muy exactos y dignos de crédito respecto a que su coche fue utilizado ayer por la noche por unos hombres que asesinaron a unos amigos míos, señor Merino.

—¿Qué…, qué dice…? ¡Usted está loca!

—Le voy a dar el mejor consejo que jamás oyó —deslizó

Brigitte, con voz helada—: tengamos una conversación razonable y sincera, o, antes de matarle, perderé parte de mi precioso tiempo en enseñarle unos cuantos sistemas capaces de convencer a cualquier persona de que debe contestar a las preguntas que se le hagan. Por ejemplo, arrancarle un ojo con dos dedos… ¿Conoce ese sistema?

—Usted…, usted… Yo no… no comprendo…

—Señor Merino —la voz de Brigitte parecía ya puro hielo—: No quiero perder mucho tiempo con usted. Anoche unos amigos suyos mataron a cuatro amigos míos; por lo tanto, automáticamente, ellos quedaron condenados a muerte. No sé si habrá oído hablar de mí: la agente Baby, de la CIA.

—No… —jadeó Merino—. No, no…

—¿No ha oído hablar de mí? Sorprendente. Cuando conviene soy una mujer desconcertante, pero, en general, mi línea de conducta es tan clara en ciertos aspectos, que hasta mis enemigos la conocen: si alguien mata a uno de mis compañeros, ya no hay tratos posibles; no hay arreglos, ni armisticios, ni treguas… De verdad, señor Merino: le voy a arrancar los ojos con mis manos si usted no me facilita el modo de encontrar a los hombres que anoche utilizaron su coche. Tiene cinco segundos para darme, una respuesta. Uno… Dos… Tres… Cuat…

Brigitte, que miraba fijamente a Nemesio Merino, vio cómo los ojos de éste parecían apagarse, perdían toda su luz. Y en seguida giraron, mostrando la blancura de la córnea, al mismo tiempo que la cabeza del abogado se vencía hacia delante, y golpeaba contra la mesa.

Al mismo tiempo, la señorita Montfort notaba el súbito frío en las sienes, acompañado de un zumbido. Perdió la visión, todo se convirtió en una mancha negra ante sus ojos. Aun así, movió la mano para adelantarla y disparar la pistolita contra la cabeza de Nemesio Merino. Justo en ese instante, su cabeza dio un millón de vueltas…, y ya no supo nada más.

—¿Cómo se encuentra?

La imagen fue borrosa, al principio. Pero muy pronto se concretó, se perfiló nítidamente, quedando definida como la cabeza de Simón, que la miraba ansiosamente.

—Simón…

—¿Está bien? —Casi gimió Simón—. ¿Está usted bien, Baby?

Ella alzó un brazo. Simón tomó su mano, y la ayudó a sentarse, con lo que su perspectiva visual fue normal. Simplemente, había estado tendida en el suelo, y ahora estaba sentada. Miró rápidamente a su alrededor, y sólo vio paredes y una vieja, pero, al parecer, sólida puerta de madera.

—¿Dónde estamos? —susurró.

—En una villa, tierra adentro, hacia el sur de la capital. Nos trajeron en su propio coche y nos encerraron aquí.

Brigitte notaba todavía pesados los párpados. Se pasó las manos por el rostro. ¿Qué había pasado?

—¿Qué ha pasado? ¿Cuánto hace que estamos aquí?

—Algo más de hora y media, calculo. No sé lo qué pasó… Yo estaba en el coche, esperándola, cuando vi salir un hombre de la casa. Vino directo al coche, y me dijo, sin rodeos, que la habían capturado a usted, y que la iban a matar si yo no le entregaba mi pistola y me portaba juiciosamente. Le entregué la pistola, y me dijo que fuese hacia la casa… Cuando entré, había otro hombre esperándome, con una pistola. Me hizo pasar a un despacho, y la vi a usted caída en el suelo, delante de un sillón. Caído de bruces sobre la mesa había otro hombre… Los dos estaban dormidos. El otro hombre, el que había ido a hablar conmigo, llevó el coche hasta el jardín… Me obligaron a colocarla a usted y al sujeto de la mesa dentro del coche, subieron ellos y vinimos aquí… Eso es todo.

—Me durmieron con gas… —murmuró Brigitte—. Nos durmieron a los dos. Es decir…, fue él quien utilizó el gas. Sí, había dos hombres más en la casa, pero fue el propio Merino quien utilizó el gas… Debía tener una cápsula o algo parecido posiblemente adherida a sus piernas con esparadrapo, y cuándo lo creyó oportuno, la rompió apretando las piernas. Es un truco que yo he utilizado en varias ocasiones… Simón: ¿se da cuenta de lo qué eso significa?

—No sé… ¿A qué se refiere?

—Me estaban esperando.

—¡Imposible! ¿Cómo habían de saber…?

—Por el coche. Debieron comprender que usted se fijó en la matrícula, y que lo buscaría. Entonces, en lugar de esconder el coche, o intentar borrar la pista por algún medio, o escapar cuando menos, decidieron tender la trampa…

—¡Pero entonces, me esperaban a mí!

—Sí… Seguramente.

—Maldita sea mi estampa… ¡Por mi culpa…!

—No diga tonterías. Simplemente, debimos prevenir esa posibilidad, pero, como ve, todos tenemos fallos.

—Quizá su amigo Nick pueda ayudarnos.

—No. Le ordené que se pusiera al margen, y sé que me ha obedecido. Tiene órdenes muy claras respecto a su actitud para conmigo: lo que yo le diga a Nick es como si se lo dijera… un presidente. Me temo que no podemos contar con él…, porque, naturalmente, me han quitado el maletín —miró alrededor.

—Sí, claro… Nos lo han quitado todo.

—Bien… —La divina espía sonrió, de pronto—. A fin de cuentas ésta es una más de las muchas situaciones que puede ofrecernos nuestra profesión, ¿no le parece? Respecto a los otros dos hombres, los que estaban con Nemesio Merino…, ¿cómo eran? Quiero decir: ¿hablaban inglés o español…?

—Español. Son sudamericanos, desde luego. Y Merino también me pareció sudamericano.

—Sí… En efecto. ¿Han hablado con usted de algo que pueda darnos alguna pista?

—No.

—¿No mencionaron la Organización América?

—No, no.

—Me parece —murmuró— que lo único que podemos hacer, por el momento, es esperar que esa gente, sean quienes sean, tomen una decisión sobre nosotros.

Capítulo VI

Casi dos horas más tarde, oyeron el sonido metálico, y los dos miraron hacia la puerta, que se abrió a los pocos segundos, empujada con fuerza. No entró nadie, pero oyeron la voz, muy clara:

—Salgan de ahí los dos. Especial los está esperando.

Tras cambiar una mirada, Baby y Simón salieron de aquella hermética celda. Había allí, armados con metralletas, cuatro hombres, a ambos lados de otro, que empuñaba una pistola. Brigitte miró luego a su alrededor. Simplemente, estaban en un sótano-bodega, lleno de cubas de madera y de estantes con botellas, todo cubierto de polvo. Había dos puertas más, en la misma pared a la que daba la celda que habían estado ocupando.

Volvió a mirar a los cinco hombres, que la contemplaban con una fijeza extraña, como obsesionados. Se dirigió al que empuñaba la pistola.

—¿Quién es Especial? —preguntó.

—El mismo contestará a sus preguntas, si lo cree conveniente. Vamos a ir a verlo ahora mismo…, pero después de que usted vea otra cosa. Los dos van a ver algo que les interesará.

Se dirigió a una de las puertas contiguas, sacó un manojo de llaves, y utilizó una para abrir, mientras decía:

—Soy yo: Colombo. ¿Todo bien ahí dentro, Andrés?

—Sí —sonó apagada la voz a través de la puerta.

El llamado Colombo abrió, se apartó y señaló hacia dentro.

—Echen un vistazo los dos. De modo especial usted, Richter.

Brigitte dirigió una breve mirada a Simón. Bien, ¿qué importaba, en aquellas circunstancias, que ella supiera que el verdadero nombre de Simón era Richter? Tal como estaban las cosas, no era fácil que pudieran empeorar…

Entraron los dos. Primero, vieron al hombre llamado Andrés, a

un lado de la puerta, empuñando una metralleta qué les apuntaba. Luego, vieron a los dos hombres colgados de la pared. Sí: colgados. Sus muñecas estaban presionadas por grilletes con cadenas clavadas en la pared, de modo que los pies de los dos hombres no llegaban al suelo… Tenían las ropas destrozadas, estaban sucios, golpeados,… Sus miradas mortecinas fueron hacia Brigitte y Simón, y parecieron animarse un instante al fijarse en este último, que retrocedió un paso.

—John… Gerald… —gimió.

Brigitte le miró, muy pálida.

—¿Los conoce?

—Son… —Simón tragó saliva—, son dos de mis… de mis compañeros… Creí que los habían matado a todos, pero…

—Es suficiente —cortó Colombo—: Especial los está esperando. ¡Vamos, salgan ya!

Durante un par de segundos, pareció que Brigitte no fuese a obedecer, o, quizá, que ni siquiera lo había oído. Se limitó a mirar fijamente a Simón y Simón, colgados de la pared, como bestias listas para el sacrificio… De pronto, bajó la cabeza, dio media vuelta y salió de aquella celda, cuya puerta se cerró, dejando de nuevo adentro no sólo a los dos agentes de la CIA prisioneros, sino a Andrés…

—No…, no… entiendo esto —tartamudeó Simón—. ¿Por qué hacen eso con ellos? ¿Qué es lo que quieren? Los deben estar golpeando… Y los otros dos… Sí los otros dos deben estar muertos…

—Quieren el oro —susurró Brigitte, que continuaba palidísima.

—¡Pero nosotros no sabemos dónde está ese maldito oro…! ¡No sabemos nada de nada de todo esto!

Brigitte no contestó. Estaban subiendo una ancha escalera polvorienta, que terminaba ante una puerta tan sólida como las de abajo, pero más grande. Colombo llamó y abrieron desde fuera. Estaban tomando tal cantidad de precauciones que la espía internacional comenzó a pensar que, aquella vez, no iba a ser fácil encontrar una solución escapatoria.

Salieron a una gran cocina. Luego, a un pasillo, que recorrieron hasta llegar al vestíbulo de la villa. Colombo fue hacia una de las puertas que daban al vestíbulo, y llamó. También aquella puerta fue

abierta desde dentro y Brigitte vislumbró el brillo de dos metralletas más.

—Los prisioneros están aquí, Especial —dijo Colombo, desde el umbral.

Les hizo señas y entraron. En efecto, dentro había dos hombres más con metralletas, mirándolos con gran atención; A la derecha había un gran ventanal abierto a una terraza… El aroma de flores entraba en el gran salón, escasamente iluminado. Ya era de noche…

Los seis hombres armados de metralletas se colocaron estratégicamente en varios puntos del salón, y Colombo se acercó a un sillón que estaba de espaldas a la puerta, y donde, evidentemente, estaba la persona llamada Especial. Hizo señas a los prisioneros y éstos se acercaron. Cuando quedaron delante de Especial, que los miró con socarronería, bien arrellanado en su asiento, Brigitte Montfort apretó los labios con dureza.

—¿Qué tal, agente Baby? —saludó Especial.

—Por el momento bien, señor Merino.

—¡Oh, prescindamos de tratamientos! Yo la voy a llamar Baby a secas, así que usted puede llamarme Especial, eso es todo. ¿Cómo le van las cosas, señor Richter? —Miró Especial a Simón—. Luke Richter, me parece… ¿No es así?

Simón apretó los labios, y no contestó. Especial sonrió, de aquel modo tan simpático y agradable. Sí… Era un hombre quizá un tanto especial, por su porte, su estatura, sus facciones nobles y agradables, su gran cabellera con abundantes canas en las sienes. Ya no vestía de modo corriente, como en su casa de Cayanama, sino que llevaba unos pantalones negros y un magnífico jersey de color malva, de cuello redondo, sobre el cual, en la zona correspondiente al corazón, se veía una gran E bordada en negro. El conjunto era impresionante, aunque a Brigitte le pareció que había una cierta expresión de cansancio en las hermosas e inteligentes facciones de Especial.

—Me parece —dijo éste— que ninguno de ustedes tiene ganas de mucha conversación, ¿verdad?

—¿Quién demonios es usted? —Gruñó Simón.

—No soy ningún demonio, señor Richter —rechazó amablemente Especial—. Soy una persona, como usted y como la agente Baby. Con mis problemas, mis ambiciones, mis amigos…

—¿Amigos o sicarios? —deslizó Brigitte.

—Quizá tenga usted razón… —admitió Especial—. Pero eso no importa ahora. Ahora, lo que importa, es que la Organización América recupere los cincuenta millones de dólares en oro.

—¿Qué cincuenta millones? —Alzó las cejas Brigitte.

Especial sonrió de un modo que a Brigitte le pareció casi cariñoso.

—Antes le mentí a usted, Baby. Me refiero a cuando estuvo en mi despacho… ¡Naturalmente que había oído hablar de la agente Baby, de la CIA! Y le diré más: tenía la gran esperanza de que, tal como sucedió, usted apareciese por mi casa.

—¿Por qué?

—Por favor, siéntese. Usted también, señor Richter.

Se sentaron los dos y Brigitte se quedó mirando fijamente a Especial.

—¿Por qué me esperaba a mí precisamente? —insistió.

—Cuando recibí la malísima noticia de que el Júpiter había… desaparecido de su ruta, esto es, que a la hora prevista no había pasado por el control 27, comprendí que algo había sucedido. Sí, pese a todos nuestros preparativos tan cuidadosamente organizados, el Júpiter había tenido un… contratiempo. En ese momento, lamenté no haber colocado armas a bordo, pero… ¿cómo podía yo pensar que algo tan secretísimamente planeado podía haber llegado a oídos de la CIA? Por otra parte, ya fue bastante difícil cargar el oro en un puerto cubano como para complicar más las cosas colocando también armamento. En fin, el contratiempo había surgido pese a todas las precauciones y había que afrontarlo…

—Me pregunto por qué tuvo que pensar usted que la CIA había intervenido en la desaparición del Júpiter. Pudo haber sido cualquier otro servicio secreto…, empezando por el cubano.

—No. El servicio secreto cubano, de haber sabido algo, ni siquiera habría dejado salir de puerto al Júpiter, ¿no le parece? En cuando a los demás servicios secretos, pues… sí, pensé en ellos. Pero ¿cuál tenía más probabilidades de ser el autor del hecho? El servicio secreto inglés, así como el francés, está muy lejos hoy del gran poder que en otros tiempos ostentaron en este continente. ¿Los rusos? Absurdo. Si los rusos hubiesen sabido lo del oro, habrían recurrido a sus amigos cubanos, con lo que el Júpiter, insisto, ni

siquiera habría zarpado. ¿Los chinos, quizá? Ésos sí están muy activos en Sudamérica, pero, concretamente en Cayana, su capacidad de información y operacional son muy limitadas. En cambio, la CIA… ¡Ah, la CIA! ¡Siempre la CIA…! Precisamente, en Cayanama había un grupo de agentes de la CIA, del cual, por supuesto, teníamos noticia, y sabíamos cómo localizarlo en un momento dado. Así que fuimos a por ellos. Sólo cometimos un pequeño error de cálculo: cuando atacamos, el señor Richter todavía no había llegado. Y luego —Especial miró a Simón— hay que admitir que el señor Richter, además de ser agilísimo y veloz, tuvo una suerte fabulosa… ¿No está de acuerdo conmigo, señor Richter?

—Usted pagará caro lo que ha hecho —musitó Simón?

—¿De veras? ¿De qué modo?

—La CIA le aplastará. A usted y a su absurda Organización América.

—Ya. Bueno, quizá eso llegue a suceder, con el tiempo. Pero mientras tanto, y de acuerdo a mis previsiones, usted cayó en la trampa que le preparé. Es decir, cayó la agente Baby. Le esperábamos a usted o a algunos de sus amigos, claro, y nada menos llega la espías más… ¿rutilante? —Miró a Brigitte.

—Eficaz —corrigió Brigitte.

—¡Oh…! Sí, ciertamente, a juzgar, por lo mucho que había oído de usted, tenía que considerar que es la espía más eficaz del mundo. Por eso me quedé muy sorprendido cuando vi lo fácilmente que podía capturar, nada menos que a Baby. Supongo que ustedes han comprendido ya cómo tendí mi red: dejar que encontrasen el coche, preparar la recepción con un par de cápsulas de gas… ¿Verdad que lo han comprendido?

—Sí.

—Bien. Ahora, todo está claro. Como dicen ustedes, las cartas están sobré la mesa. ¿Sabrá jugarlas usted con inteligencia, Baby?

—¿Cuál es su oferta?

—Observo que sí es inteligente, pues me ha comprendido en seguida. ¿Mi oferta? Es vulgar, pero muy lógica, y, sobre todo, muy razonable: las vidas de ustedes cuatro a cambio del oro.

—Aceptaría si tuviese el oro, señor Merino.

—¿No lo tiene?

—No. La CIA no ha intervenido en esto.

—¿Ni usted… digamos de un modo personal?

—No.

—Entonces, ¿qué hacía usted en Cayanama?

—Estaba dando una vuelta de inspección por el continente sudamericano.

—No es cierto.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—La agente Baby jamás se ha dedicado a eso. Cuando ella sale de Estados Unidos es para algo importante, no rutinario. ¿Puede decirme qué está ocurriendo actualmente en el Caribe, que sea más importante que el asunto del Júpiter?

—Parece que me conoce usted bien.

—Ya le he dicho que había oído hablar mucho de usted. Vamos, no sea obcecada… Usted pensará que estoy dando palos de ciego, que estoy intentando obtener una verdad utilizando mentiras, y, en cierto modo, así era… hasta que apareció usted en escena. Sus compañeros de la CIA, a los que hemos interrogado adecuadamente, niegan saber lo más mínimo sobre el Júpiter… Y hasta me estaban convenciendo. Pero, de pronto, aparece usted y todas mis ideas se aclaran. Ya no puedo creer a esos hombres. Si usted está aquí, es porque algo importante sucede. E insisto: ¿hay algo más importante que el asunto del Júpiter en estos días?

—No lo sé. Pero la CIA no ha intervenido en esto.

—Sin embargo, usted personalmente, sí. ¿Cierto?

—Quizá.

—¿Quizá? Bueno, parece que usted no entiende que le estoy ofreciendo las vidas de tres de sus Simones…

—Esa oferta puede ser mejorada.

—¿De veras? ¿En qué sentido?

—Dígame para qué quiere las armas el general Pérez.

Especial parpadeó; luego, se pasó la lengua por los labios, mientras asentía repetidamente.

—Según parece —susurró—, su información sobre todo este asunto es mucho más completa de lo que yo creía.

—Es definitivamente completa. Lo sé todo.

—Supongo que debo admirarla. ¿Cómo se ha enterado?

—Por medio de un amigo que tiene cierta facilidad para llegar

hasta el presidente Trujillo.

—Entiendo… ¿Quién es ese amigo?

—Eso no se lo diré por nada del mundo.

—Muy bien. ¿Qué importa, en realidad? Sólo quiero el oro.

—Dígame que pretende el general Honorio Pérez con esas armas, déjenos marchar a los cuatro, y le diré dónde está el oro.

—¿Por este orden? —sonrió Especial.

—Sí.

—No. Primero tiene que decirme dónde está el oro.

—No lo haré.

Especial se quedó mirándola fijamente, durante tanto rato, que el silencio se convirtió en protagonista de la escena. Brigitte miraba, también, aquellos ojos inteligentes, oscuros, que parecían convertirse en pozos sin fin a medida que transcurrían los segundos…

De pronto, Especial miró a Colombo, y le hizo una seña. Colombo se acercó y se inclinó hacia él. Escuchó las palabras susurradas por Especial, se irguió y volvió a su puesto.

Especial miró a Brigitte de nuevo.

—¿No quiere pensarlo mejor?

—Está bien pensado.

—Yo creo que no… Y se lo voy a demostrar.

Movió una mano, mirando brevemente a Colombo.

Éste captó la seña, apuntó a Simón al pecho, con su pistola y disparó, por dos veces.

Plop, Plop…

En realidad, el grito que lanzó Brigitte fue más agudo, más dolorido que el que lanzó el propio Simón, que pareció saltar en el sillón, llevándose las manos al pecho y mirando con ojos desorbitados a Colombo, para caer inmediatamente de bruces…, mientras Brigitte estaba ya en el aire, saltando hacia Especial, que también gritó, sobresaltado, al ver a aquella pantera lanzada al ataque… Alzó el brazo izquierdo, protegiéndose con él la cabeza, de tal modo que el tremendo golpe descargado por Baby no le acertó allí, sino en el antebrazo.

Especial lanzó un grito de dolor, pero, al mismo tiempo, disparaba su puño derecho contra el vientre de la espía, empujándola hacia Colombo, que la golpeó en los riñones,

derribándola de rodillas. Como traspasada por aquellos dos golpes, Brigitte quedó arrodillada, las manos en el suelo, desencajado el rostro, abierta angustiosamente la boca… Cuatro de los hombres armados de metralletas, dejaron éstas y saltaron hacia ella, sujetándola por los brazos y poniéndola rudamente en pie. Especial saltó hacia ella, con los ojos lanzando llamaradas de furia, y la golpeó en ambas mejillas de revés y de derecho, haciendo oscilar su cabeza.

—¡La voy a matar! —gritó—. ¡La voy a hacer pedazos, maldita…! ¡Pero será después de obligarla a presenciar cómo destrozo a sus amigos! ¡La voy a…!

—Especial, el oro —recordó Colombo, con voz tensa.

El hombre que parecía el jefe de la Organización América se detuvo en seco en su gesto de seguir golpeando a Brigitte. Suspiró profundamente, cerró los ojos un instante y murmuró:

—Sí, el oro —abrió los ojos—. El oro es lo que interesa. Ha costado mucho trabajo reunirlo, es cierto. Y no estoy dispuesto a perderlo por culpa de una mujer. ¿Me está oyendo?

Brigitte apretó los párpados, y las lágrimas de dolor que se habían acumulado en sus ojos se desprendieron, dejando así aclarada su visión. Contempló el rostro crispado de Especial, y también ella suspiró profundamente.

—Jamás… le diré dónde está —aseguró.

—Eso ya lo veremos —chirrió la voz de Especial—. Sé muy bien cómo debo tratarla. Mirad a ése… ¿Está muerto?

Uno de los dos hombres que seguían empuñando la metralleta se inclinó sobre Simón, le asió por los cabellos y alzó su cabeza. Brigitte miró hacia allí, y vio los ojos desmesuradamente abiertos de Luke Richter… Ya no parecía importar que su nombre fuese conocido por todos los servicios de espionaje del mundo…

—Sí, señor… —dijo el hombre—. Está muerto.

Dejó caer la cabeza, que rebotó contra el suelo. Brigitte miraba como hipnotizada aquella cabeza, los rubios cabellos…

—Muy bien, ése ha muerto ya —oyó la voz de Especial, y lo miró, fríamente—. Pero todavía tengo a dos Simones más a mi disposición. De usted depende que vivan o mueran. Y además, se lo voy a poner más difícil. ¿Sabe para qué quiere el general Honorio Pérez esas armas?: ¡para invadir militarmente Venezuela! Es una

operación que ha sido planeada desde el primer momento por la Organización América, con el fin de controlar ése país, de tal modo, que tendremos allí una base desde la que podremos operar en todo el continente sudamericano, realizando diversas actividades… Por ejemplo, el control del petróleo en América del Sur. Y seguirán muchos más planes que están actualmente en estudio… ¿Lo comprende ahora? ¿Se ha enterado ya de para qué quiere el general Pérez las armas? ¡Pues, a pesar de eso, decida usted misma si va a decirme dónde está el oro o prefiere que les corte la cabeza a los otros dos Simones que tengo abajo! ¡Decida!

—No se lo diré.

—¿No? Muy bien… ¡Vamos todos abajo! ¡Y mucho cuidado con esta fiera!

Fuertemente sujeta por los hombres de Especial, Brigitte Montfort fue conducida al sótano-bodega. La puerta de la celda en la que se hallaban los dos espías norteamericanos colgados por cadenas de la pared, fue abierta, y Brigitte fue colocada ante ellos.

—Mírelos bien… —siseó Especial—. Pueden ser llevados con vida lejos de aquí, o pueden quedar sin cabeza en pocos minutos. ¿Está usted pensando que las vidas de sus dos amigos y la de usted misma no valen tanto como las que se perderían, si el general Pérez invade Venezuela siguiendo las instrucciones de la Organización América? ¿Está pensando eso? Muy bien, entonces, le diré otra cosa: usted y estos dos hombres no van a ser los únicos elementos de la CIA que mueran: después de matarlos a ustedes, vamos a trasladar todos nuestros efectivos a Estados Unidos, y nos dedicaremos exclusivamente a matar a todas aquellas personas que tengan relación con la CIA, sea del modo que sea. Tenemos medios para organizar una matanza que podría llegar a ser tan espantosa como la que se produciría si Cayana invade por las armas a Venezuela… ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso? Buscaremos a los amigos de usted para matarlos a todos. Pero no sólo a sus amigos, no… Vamos a desencadenar tal ola de asesinatos y terrorismo en Estados Unidos que será mucho peor que una simple acción militar entre Cayana y Venezuela en la que quizá sólo morirían unos pocos soldados. ¿Lo ha entendido bien?

Brigitte tragó saliva, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Deje marchar a mis compañeros… —susurró—. Se lo diré.

—Muy bien —Especial volvió a suspirar profundamente; parecía muy alterado, estaba pálido—: Soltad a esos dos y tiradlos por ahí, muy lejos. Puesto que fueron traídos aquí con los ojos vendados, no hay que temer que puedan encontrarnos. Pero, ciertamente, eso no se hará hasta que tengamos el oro, y se haya producido el ataque del general Pérez contra Venezuela… ¿Está usted de acuerdo, Baby?

—Supongo —murmuró ésta— que sería absurdo pedirle que los dejase libres ahora…

—Por completo absurdo. Están muy mal, pero sus oídos deben funcionar perfectamente, y han escuchado la conversación. Ahora, venga conmigo y le facilitaré un plano… ¿O no lo necesita?

—Sí, lo necesito.

—Y se lo advierto —Especial alzó amenazadoramente un dedo —: mientras nosotros no hayamos recuperado el oro, la situación está como le he dicho, de modo que nada de tonterías. Volvamos arriba.

De nuevo en el salón donde Simón continuaba tendido en el suelo, Especial fue hacia uno de los cajones de la librería, tras señalar al agente de la CIA.

—Sacadlo de aquí. Y enterradlo en cualquier parte. Y a ella soltadla…, pero no la perdáis de vista.

Mientras Especial sacaba un mapa de un cajón, dos de sus hombres asieron a Simón, uno por cada pie, y lo arrastraron hacia el ventanal. Brigitte, lívida, estuvo mirando el cuerpo de Simón hasta que desapareció en la oscuridad del jardín. Para entonces, Especial había desplegado ya un gran mapa sobre el sofá, y la estaba mirando fijamente.

—¡Venga aquí! —ordenó—. Dígame dónde está el oro, cuántos hombres lo custodian… Todo. Ya ha visto que podemos utilizar cómodamente el gas, de modo que si nos explica detalladamente la situación, podremos atacar con él en lugar de utilizar las armas.

—No es necesario… —murmuró Brigitte—. Ni el gas ni las armas: no hay nadie custodiando el oro.

Especial frunció el ceño.

—Si usted cree que puede atrapar, a todos los hombres de la Organización América en una trampa…

—Le digo que no hay nadie custodiando ese oro… Está sumergido, todavía dentro del Júpiter, que fue hundido.

—¡Ah…! —Brillaron los ojos de Especial—. Es una treta muy sencilla, pero efectiva. ¿Dónde está hundido el Júpiter?

Brigitte se acercó y señaló el punto del mapa, completando verbalmente la información, con todo detalle. Cuando terminó, Especial asentía con la cabeza.

—Es muy convincente su explicación… —murmuró—. Pero muy pronto sabremos si nos ha mentido. Colombo, llévate a todos los hombres, reuníos con los demás y recuperad ese oro esta misma noche, cuanto antes. Quiero que al amanecer, esté cargado en otro barco y navegando hacia la costa de Cayana. Avisad al general Pérez y decidle dónde debe esperar para recogerlo. ¿Entendido?

—Desde luego —asintió Colombo.

—Yo me quedaré aquí, atendiendo la emisora. Avisadme en cuanto el oro esté en ruta hacia la costa, en el nuevo barco. Mientras tanto, intentaré comunicar con el barco de mando, de los tres que traen las armas: ya deben estar muy cerca. ¿Alguna duda?

—Claro que no —sonrió Colombo.

—Pues llevad a esta mujer abajo, encerradla y marchaos todos a hacer lo que he dicho. Eso es todo… Que se vaya también Andrés, y subidme las llaves.

Minutos después, Brigitte Montfort se hallaba de nuevo en su celda, pero ahora sola. Lo último que vio fueron las metralletas que en todo momento la habían estado apuntando…

Se sentó en el suelo y dejó caer la cabeza sobre el pecho. En realidad, no le habría importado gran cosa atacar a aquellos hombres y recibir, como consecuencia de ello, varias ráfagas de metralleta; pero, como Siempre, consideraba que nada estaba perdido mientras tuviese vida para intentar algo; algo positivo, desde luego, no hacerse matar estúpidamente…

El tableteo de varias metralletas disparando la hizo ponerse en pie de un salto y mirar hacia la puerta con expresión desorbitada. Palideció aún más y, temblando, se acercó a la puerta. Aplicó una oreja a la gruesa madera, pero no oyó nada… En su frente habían unas gotitas de sudor, provocadas por la angustia de lo que podían significar aquellos disparos, tan cerca de allí…

La voz de Colombo llegó, muy apagada, hasta su fino oído:

—Vamos, vamos, no hay tiempo que perder: sacadlos de ahí y enterradlos con el otro.

—Habría sido más cómodo sacarlos vivos y matarlos donde los vamos a enterrar —oyó otra voz.

—¿Qué más da? Ya está hecho.

—¿A ella, no la matamos?

—No. Especial parece tener algún proyecto singular, para esa mujer. Todo lo que nos queda por hacer a nos…

La voz se fue perdiendo. Una gota de sudor entró en un ojo de Brigitte, que parpadeó. Sentía como si unas tenazas estuviesen apretando su garganta, y notaba el temblor violentísimo en las piernas.

El pensamiento parecía golpear ferozmente en su cerebro:

—Los han matado… Han matado a Simón y Simón…

Ni siquiera pensó en qué planes podía tener Especial respecto a ella. Volvió a sentarse en el suelo, deslizándose apoyada de espaldas en la pared, y su mirada se perdió en la de enfrente, desorbitada todavía. Sentía frío en el rostro y en el estómago, y en las manos… Estaba helada.

Cerró los ojos y en su mente apareció la imagen de Nemesio Merino, alias Especial.

«Lo mataré —pensó—. Lo mataré, lo mataré, lo mataré…».

Capítulo VII

Calculó que ya había amanecido, cuando oyó los golpes en la puerta. Alzó vivamente la cabeza y se quedó mirando aquel muro de vieja, pero fortísima madera.

—Si puede oírme —oyó la voz de Especial—, acérquese a la puerta y dé tres golpes.

Se acercó y golpeó por tres veces. ¿Iba a entrar? ¿Especial se iba a atrever a entrar? Si lo hacía, y nadie le acompañaba…

—Muy bien —oyó, de nuevo, su voz—: vaya ahora al fondo y no se mueva cuando yo entre: Si lo hace, la mataré.

Brigitte retrocedió hacia la pared del fondo, frente a la puerta. Oyó girar la cerradura y, luego, la puerta se abrió de golpe, completamente. Todavía pudo ver a Especial retrocediendo, apuntando una metralleta hacia ella. En el suelo había una bandeja. Especial se acercó, la alzó con la mano izquierda y entró en la celda, sin dejar de apuntar a Brigitte con la metralleta, que sostenía con la mano derecha.

—No se mueva de ahí… —ordeñó—. Le traigo algo de comer, pero no a riesgo de mi vida.

—¿Por qué se molesta? —musitó Brigitte—. Le sería más cómodo matarme, como han hecho con, mis tres compañeros… y con los otros dos.

Especial dejó la bandeja en el suelo y retrocedió rápidamente hacia la puerta, siempre apuntando a Brigitte. Considerándose ya a salvo de un posible ataque, sonrió.

—Usted no es como ellos… —dijo—. Según parece, los rusos y los chinos pagarían un buen precio por su cabecita. Algo así como cinco o seis millones de dólares, según informes que estoy esperando que me confirmen… Y, por supuesto, la Organización América no piensa privarse de esa cantidad.

—Ya. ¿Encontraron el oro?

—Está navegando hacia la costa… —sonrió de nuevo Especial—. Es muy posible que al mediodía esté depositado en el lugar que más le convenga al general Pérez, esto es, enterrado en la arena, cerca de su casa de la playa.

—¿Por ahí desembarcarán las armas?

—Es usted muy perspicaz. Espero que le guste el desayuno que le he preparado —soltó una carcajada—. Le aseguro que no está envenenado.

—¿Qué hora es?

Especial pareció sorprendido por la pregunta; encogió los hombros y miró su reloj de pulsera.

—Las ocho y media. Buen apetito.

Salió, cerrando rápidamente. Brigitte estuvo unos minutos inmóvil. Luego, se acercó a la bandeja y se sentó en el suelo ante ella. Alzó la tapa y contempló los alimentos. Tenían muy buen aspecto, desde luego, lo cual no era de extrañar, si se tenía en cuenta que la prisionera podía valer cinco millones de dólares o más. Pero mientras tanto, la señorita Montfort se dedicó a desayunar plácidamente.

Y, mientras tanto, una idea comenzó a desarrollarse en su mente:

«Vamos a ver —pensó—, ¿qué sigue a un desayuno?».

La respuesta era por demás obvia: a un desayuno seguía un almuerzo, lógicamente. ¿Y a un almuerzo? Pues a un almuerzo, no menos lógicamente, seguía una comida… Esto es, que Especial, si persistía en su actitud amable hacia ella, tenía que volver al cabo de unas pocas horas para traerle el almuerzo. Hacia la una. Y luego, tendría que volver, horas después, para traerle la comida. Hacia las siete, quizá…

Una dura mueca apareció en la dulce boquita de la señorita Montfort.

—Muy bien —susurró, masticando—. Haré la comprobación dentro de unas pocas horas.

Pocas horas después, en efecto, Especial llegó con el almuerzo. Estaba de excelente humor, pero, por supuesto, no abandonó ninguna de las precauciones con que trataba a la prisionera… Dejó el almuerzo también en el suelo y retiró la bandeja del desayuno. De nuevo en la puerta, pareció sentirse todavía más amable.

—¿Quiere cigarrillos? —ofreció.

—Se lo agradecería —aceptó la prisionera.

Especial tiró su paquete, ya comenzado, junto a la bandeja. Estaba a punto de hacer lo mismo con un estuche de cerillas, pero vaciló, miró a Brigitte y sonrió.

—Lo siento… —dijo—, si quiere fumar tendrá que hacerlo ahora mismo.

—Está bien.

Especial le tiró una sola cerilla, esperó a que Baby la apagase, tras prender el cigarrillo, y, tras un gesto de conformidad, Salió de la celda y cerró.

La señorita Montfort, sentada ante la bandeja, siguió fumando impávida. Alzó la tapa de la bandeja, hizo un gracioso gesto de aprobación y, tras terminar el cigarrillo, procedió a almorzar, tranquila y serenamente. El horario, al parecer, estaba comprobado.

Así que, después de comer, se quitó los zapatos y comenzó a examinarlos con gran atención. Ahora sí valía la pena hacerlo. Arrancó el tacón de uno y se quedó mirando los pequeños clavitos de fijación de seguridad. Lo dejó a un lado y alzó su vestido, examinando el borde. Dio un pequeño tirón y la tela se rasgó con suave siseo.

«Perfecto… —pensó la espía más peligrosa del mundo—. Absolutamente perfecto».

Hacia las siete de la tarde, Especial terminó de preparar la comida para su prisionera y la colocó en la bandeja. Se quedó unos segundos contemplando su obra y asintió complacido.

—Cuando menos, no se podrá quejar del servicio —sonrió.

Colocó la tapa sobre los platos, tomó la bandeja y se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el sótano-bodega. Bajó, fue hacia la puerta, tras la cual estaba Baby, y, con las mismas precauciones de las veces anteriores, abrió la puerta.

Ningún problema.

Baby estaba al fondo de la celda, pegada de espaldas a la pared, mirándole inexpresivamente. En el suelo, cerca de la puerta, estaba la bandeja del almuerzo… Todo bien.

Todo… excepto una cosa, a la que un hombre como Especial debió prestar la máxima atención y, cuando menos, sorprenderse. Pero, incluso las más perfectas máquinas, los más perfectos

aventureros cometen un error, un día u otro.

Especial cometió ese error. Puesto que todo estaba bien, se acercó, dejó la bandeja con la comida y retiró la del almuerzo. Se incorporó, siempre mirando atentamente a Brigitte, y le sonrió.

—¿Aburrida? —se interesó.

—Yo nunca me aburro.

—¿De veras? Pues su situación es bien propicia al aburrimiento, en mi opinión.

—Su opinión está formada de acuerdo al modo de ser de usted. Yo soy diferente.

—¿En qué? —Frunció el ceño Especial.

—En todo. ¿Cómo van las cosas por el exterior?

—Van muy bien —sonrió más ampliamente Especial—. Por el momento, sepa que el oro ya está depositado en la playa, a disposición del general Pérez.

—¿Y las armas?

—Los tres barcos tardarán todavía alrededor de veinticuatro horas en llegar. ¿No le gustaría presenciar el éxito de los planes de la Organización América?

—No.

—Es usted, en efecto, bastante peculiar… —admitió Especial—. Resulta difícil imaginarse a una mujer como usted sin conocerla. ¿Cuál es su secreto?

—¿Mi secreto?, —se sorprendió, realmente, Brigitte.

—Debe haber algo… extraño, algo especial en usted… Pero no consigo averiguar qué es.

—¿Y por qué lo ha de averiguar? ¿Qué puede importarle a usted cómo soy yo y cuál es mi supuesto secreto de personalidad?

Especial estuvo unos segundos mirándola fijamente; por fin, encogió los hombros y retrocedió hacia la puerta. La asió por el borde, la atrajo para cerrarla…, y entonces le cayeron los dos zapatos de la señorita Montfort en la cabeza.

Fueron dos impactos que, en cuanto a su efectividad agresiva, ni siquiera habrían podido perjudicar a un niño. Pero, en determinadas ocasiones, incluso el picotazo de un mosquito puede provocar consecuencias trágicas. Esta vez, en vez de ser picado por un mosquito, Especial recibió, simplemente, los golpes de dos zapatos femeninos en la cabeza.

Y su reacción fue lógica: se sobresaltó.

Se sobresaltó tanto, que dio un salto hacia atrás, dejando caer la bandeja, tropezando, descomponiendo su vigilante guardia con la metralleta, seguramente por menos de dos segundos. Justo el tiempo que Baby necesitó para llegar hasta él en un salto largo, horizontal, increíble, poderoso y elástico como el de una auténtica pantera. Su cabeza y su hombro derecho chocaron contra el abdomen de Especial cuando éste, con expresión desorbitada, comenzaba a reaccionar…

Y ya era demasiado tarde. Con la fuerza del choque, ambos rodaron por el suelo, con muy destacada ventaja para la espía, que ya estaba en pie cuando Especial, perdida la metralleta, empezaba a incorporarse… El descalzo pie de Brigitte le alcanzó de lleno en la barbilla, pareció que fuese a terminar de ponerlo en pie y terminó por derribarlo de espaldas. Mientras tanto, Baby corría hacia la metralleta, todavía muy cerca de Especial, que, sobreponiéndose, saltó también hacia el arma.

Las manos de ambos la asieron al mismo tiempo y por una milésima de segundo, la mirada del uno quedó fija en la del otro. La de Baby fría, dura, decidida; la de Especial asustada, como aterrada e incrédula, todo a la vez.

Los dos tiraron a la vez del arma y la mayor fuerza muscular del hombre le dio la ventaja. Arrancó la metralleta de las manos de la espía, pero, al mismo tiempo, ésta alzaba una rodilla, que se incrustó entre las ingles del hombre de la Organización América, el cual lanzó un berrido y retrocedió, doblado sobre sí mismo, como tronchado…, y seguido por Baby, que le descargó un espantoso trallazo con el canto de la mano sobre la oreja izquierda. Especial volvió a gritar, se estremeció y la metralleta escapó de nuevo de sus manos. Brigitte se inclinó para recogerla, pero Especial, cargó contra ella con todo su peso, cayendo sobre la esbelta espalda femenina.

Esbelta, pero… dura y fuerte como el mismísimo acero. Y realmente fue el propio Especial quien se colocó del mejor modo para sufrir el tremendo *hata-gururna*: todo lo que tuvo que hacer Brigitte fue erguirse vivamente, con fuerza, y Especial, con otro grito en los labios, salió despedido poderosamente por el aire, en una pirueta increíble. Chocó de cabeza contra uno de los toneles,

cayó al suelo, se revolvió hacia Brigitte y quedó de rodillas, mirándola con aquella expresión desorbitada.

La espía más peligrosa del mundo, que finalmente tenía la metralleta en las manos, la apuntó hacia Especial, con deliberada lentitud, mientras su fría, congelada mirada parecía envolver al hombre de la Organización América. Apretó los labios, alzó un poco más la metralleta… y, Especial, de pronto, sonrió.

Una sonrisa extraña, torcida, como sarcástica, que sorprendió a Brigitte, pero cuando ya estaba apretando el disparador de la metralleta.

Especial recibió la andanada de balas en el centro del pecho y fue empujado de nuevo contra el tonel, donde rebotó grotescamente para terminar cayendo de bruces, ensangrentado.

Brigitte se acercó a él, le pasó la punta de un pie por un sobaco y le dio la vuelta, dejándolo cara al techo. Durante unos segundos estuvo contemplando aquellos ojos abiertos, aquella extraña sonrisa sarcástica. Luego, miró vivamente hacia el tramo de anchos peldaños que ascendían hasta la cocina.

¿La había engañado Especial? ¿Había alguien más con él en la casa? Porque aquella sonrisa sarcástica, burlona, no le gustaba nada…

Subió con grandes precauciones, abrió la puerta que daba a la cocina y se asomó cautelosamente. No había nadie allí. Tampoco en el pasillo, ni el vestíbulo, ni el salón… En la casa, efectivamente, no había persona alguna aparte de ella y Especial. Se dedicó a buscar la emisora, pero pronto comprendió que estaba muy bien escondida y que necesitaría más tiempo del que le convenía para encontrarla. En cambio, encontró su maletín, con todo su contenido intacto, en un cajón de la librería. Lo tomó y volvió al sótano-bodega, donde recogió sus zapatos. Por supuesto, uno de ellos sin tacón, pues después de despegarlo y de utilizar los clavitos para la instalación en la pared de la celda con hilachas de su vestido, ya no había podido colocarlo de nuevo.

Entró un instante en la celda y miró la pared, encima, del marco de la puerta, donde estaban los clavitos, atados unos a otros y clavados con no poca paciencia en las junturas de los ladrillos; allí habían estado los zapatos, sujetos por el fino hilo conseguido con hilachas de su vestido. Un hilo que colgaba por un lado de la

puerta, y luego por el suelo, cruzando invisible la celda hacia la pared del fondo. Desde allí, y cuando Especial estaba en el sitio adecuado, Baby sólo había tenido que tirar del hilito y los zapatos habían caído sobre la cabeza del jefe de la Organización América.

¿O no era el jefe?

«Estoy perdiendo el tiempo aquí», se dijo.

Un minuto después salía de la casa. Fue al garaje y vio su coche, alquilado dos noches antes. Las llaves estaban en el contacto. Se sentó ante el volante y estaba a punto de dar el encendido cuando respingó y se apeó rápidamente. Miró en el motor, pero no… No había allí una carga explosiva ni nada que pareciese peligroso. Regresó ante el volante y dio por fin el encendido. Nada extraño sucedió; simplemente, el motor se puso en marcha.

Otro minuto más tarde, la señorita Brigitte Montfort, alias Baby, conducía el coche alejándose de la villa, en dirección a la ciudad. Y ya prácticamente en ésta, detuvo el coche, se pasó una mano por la frente y suspiró.

Durante un par de minutos estuvo pensativa. Luego, sacó la radio del maletín y apretó el botón de llamada.

—¡Hola! ¡Demonios, me tenía usted muy preocupado, señorita Marina! La he estado llamando…

—¡Hola, Nicolás! —murmuró Brigitte—. ¿Para qué me ha estado llamando?

—¡Para asegurarme de que estaba bien, naturalmente! Si no regreso con usted sana y salva a San Nataniel, él me hará pedazos: me lo dijo. ¿Está usted bien?

—Sí, sí… Le necesito, Nicolás.

—¡Estupendo! ¿Qué tengo que hacer?

—Supongo que tiene un arma.

—¡Toma, claro!

—Bien. Vaya a…

Ya era de noche cuando vio salir a Nicolás de la casa número 1615 de Carrera Treinta. Apareció en el porche acompañado de un hombrecillo menudo, cuya calva cabeza brilló al recibir la luz eléctrica. Les vio estrecharse la mano. Luego, el hombrecillo calvo entró en la casa y Nicolás se dirigió hacia ella, caminando sosegadamente.

Mientras lo veía acercarse, sabía ya que había acertado en sus

sospechas. Lo cual, ciertamente, no la beneficiaba en lo más mínimo, ya que iba a significar que había perdido completamente la pista a la Organización América…, al menos por el momento. De todos modos sabía lo suficiente para darles un gran disgusto…

Nicolás entró en el coche, sentándose a su lado.

—¡Hola…! —sonrió—. No parece usted de buen humor.

—Quizá sea porque he tenido que comprarme unos zapatos y me aprietan —murmuró Brigitte.

—¿Sí? ¡Vaya, demonios…! No se deben llevar zapatos que aprieten. Me acuerdo que una vez…

—Era una broma —mascculló la divina—. Llevo zapatos nuevos, pero me sientan bien. ¿Cómo ha ido esa entrevista?

—¿Ha visto usted a ese hombrecillo calvo?

—Sí.

—Pues ése es Nemesio Merino.

—Entiendo.

—Le he dicho que estuve ayer llamando a su casa, pues tenía necesidad de sus servicios, y me ha dicho que precisamente tuvo, que salir de madrugada con urgencia, en avión, para atender un importante asunto en Caracas. Ha regresado esta tarde, y…

—¿Solucionó ese importante asunto?

Nicolás se quedó mirando fijamente a Brigitte.

—Estuvo esperando horas y horas en el hotel en el que le habían citado, pero nadie apareció.

—Está bien… Ya me lo temía. Han utilizado su casa y su coche… Porque supongo que el coche matrícula CY 2618 A es de él, ¿no?

—Sí, claro. Lo dejó en el garaje y fue en taxi al aeropuerto. Es más cómodo, menos complicado… Pero no sé si debemos creer a ese hombrecillo, la verdad.

—Sí. Lo han utilizado, eso es todo. Buscaron un lugar adecuado, simplemente. Y ninguno les pareció mejor que la casa donde vive el hombre cuyo coche habían robado con anterioridad para atacar a los de la CIA.

—No ha dicho nada de que le hubiesen robado el coche…

—Ni se enteró de que lo habían utilizado, seguramente. Vamos a dejar eso, Nicolás; por ahí no llegaremos a la Organización América.

—¿Por dónde llegaremos, entonces?

—No lo sé:

—Bueno, si usted ha matado a su jefe…

—Tampoco estoy seguro de que Especial fuese el jefe supremo, ni mucho menos. Quizá sí…, pero puede que no.

Nicolás se pasó un dedo por debajo de la nariz, pensativo.

—Bueno —mascculló—, supongo que algo tenemos que hacer, sea lo que sea. Y debemos hacerlo, también supongo, antes de que lleguen las armas mañana por la noche. Una cosa que sería conveniente hacer es tratar de recuperar el oro…

—Ese oro se está moviendo demasiado. Vamos a dejarlo donde está.

—Pero entonces, el general Pérez lo tiene a su disposición, en la playa que…

—Hay algo mucho más importante de lo que el general Pérez no podrá disponer cuando llegue el momento, Nicolás.

—¿Más importante que el oro? Lo dudo. Mire, yo creo que deberíamos ir a por él, francamente.

—¿Usted y yo?

—Bueno… Puedo pedir ayuda, naturalmente. Si aviso por la radio a Nataniel…

—No. De ninguna manera. Ese oro tiene que estar vigilado, no sólo por los hombres de la Organización América, sino por soldados, ¿no lo comprende? Para tomar esa playa y poder llevarnos de nuevo el oro, tendríamos que… librar una importante batalla. Y suponiendo que la ganásemos, después de muchas bajas por ambas partes, existe el factor tiempo: no es cosa de minutos llevarse cincuenta millones de dólares en oro.

—Sí, claro… Tiene razón, sí. Bien… Oiga: ¿qué es eso más importante que el oro, de lo cual no podrá disponer el general Pérez cuando llegue el momento?

—Su vida —contestó fríamente la agente Baby.

Capítulo VIII

El presidente de Cayana, don Gabriel Trujillo, alzó la cabeza y miró hacia la ventana de su despacho, en la Casa Presidencial. Era un hermoso día, lleno de sol. El cielo se mostraba azul; sin una sola nube… Pero para Gabriel Trujillo daba la impresión de que todo estaba sumido en sombras, en trágicas sombras.

Desvió la mirada hacia el general Honorio Pérez, que estaba sentado en un sillón fumando un hermoso cigarro que olía muy bien. Miró luego a los dos oficiales que, desde hacía varios días iban con él a todas partes, vigilándolo. Y volvió a mirar al general.

—Honorio —murmuró.

Honorio Pérez regresó de su mundo privado de ensueños y miró amablemente a su presidente.

—¿Sí, Gabriel?

—¿Podríamos quedarnos solos un momento?

El general Pérez parpadeó. Miró a los dos oficiales, que le miraban ahora con gran atención. Acabó por sonreír, haciendo un gesto con la cabeza, señalando la puerta. Los dos oficiales salieron del despacho presidencial, y Honorio se puso en pie y se acercó a la mesa.

—Tú dirás… —inquirió.

—¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

Honorio frunció el ceño.

—¿Otra vez con ésas? —refunfuñó—. Me pareció que las cosas habían quedado lo bastante claras.

—¿Claras? Es absurdo lo que vas a intentar. ¿De verdad crees que esa Organización América tiene el poder suficiente para respaldarte, después de haber agredido a un país vecino?

—Naturalmente. Sí,, naturalmente… —sonrió muy enigmático el general Pérez.

—¿Más poder que la ONU con sus tropas, por ejemplo?

Honorio Pérez vaciló, pero muy brevemente.

—Sé que puedo conseguirlo… —aseguró—. Y no insistas más: la invasión de Venezuela por nuestras tropas es prácticamente un hecho consumado.

—¿Y luego? ¿Qué ganarás con ello? Supongamos que, en efecto, consigues dominar a nuestros vecinos. ¿Qué pasará luego? ¿Cuál es, realmente, y en definitiva, tu objetivo?

—Unir Cayana y Venezuela.

—¿Quieres decir… que después de haber vencido, si esto llega a realizarse, convertirías nuestro país en parte de Venezuela?

—Sí, exactamente.

—Pero… ¿para qué? —Palideció Trujillo.

—Obviamente, el presidente del nuevo país… ampliado sería yo, Gabriel.

Gabriel Trujillo estaba ahora estupefacto.

—¿Estás loco? ¡Honorio, por Dios…!

—Quizá no he debido decírtelo… aún.

—¿Tienes proyectado eliminarme a mí?

—No te preocupes por tu vida.

Trujillo se quedó mirando fijamente a Honorio López. Este era un hombre achaparrado, robusto, de grueso cuello y tórax amplísimo. En cambio, Gabriel Trujillo era alto, esbelto, de modales más elegantes, rostro de facciones muy correctas… También había una diferencia de edad, que parecía mayor debido al aspecto de ambos hombres. Trujillo debía tener cerca de cuarenta años, y quizá parecía más joven. Pérez había rebasado los cuarenta, hacía muy poco, pero parecía tener por lo menos cincuenta…

—No es mi vida la que me preocupa… —murmuró, por fin, Trujillo.

—Entonces, no te preocupes por nada.

—Escucha…

—No quiero escucharte más. Asunto terminado. Sabes que el Ejército está de mi parte. Sólo tengo que dar unas órdenes, que quizá al principio resulten sorprendentes. Pero en seguida, lo sabes muy bien, las órdenes del general Honorio Pérez serán obedecidas. ¿Armas? Esta noche tendré más de las que pueda llegar a necesitar.

—¿Quieres ser presidente? —susurró Trujillo—. Está bien: voy a dimitir, y tú ocuparás…

—Ya basta, Gabriel. Tengo mis propios planes, así que no me interesan tus proposiciones. Y no tengo más ganas de conversación. Hasta luego.

Se dirigió hacia la puerta y salió, sin dar tiempo a Trujillo a seguir insistiendo. Cuando salió Pérez, entraron los dos oficiales qué, tras dirigir una mirada de curiosidad al presidente, fueron a sentarse en sendos sillones, en silencio.

Afuera, el general Pérez caminaba con sólido gesto marcial por el pasillo. Descendió la amplia escalinata hasta la planta baja de la Casa Presidencial… Cerca de la puerta, el joven suboficial que estaba conversando con algunos compañeros de armas, lo vio, asintió con la cabeza y salió rápidamente en busca del coche, para recoger a Honorio en la misma puerta de la casa.

Pese a su diligente comportamiento, cuando el suboficial detuvo el coche delante de Honorio, éste llevaba algunos segundos esperando. Aunque muy pacientemente, con gesto amable, contemplando las flores del jardín de la Casa Presidencial. El suboficial abrió la puerta del coche, sonriendo, porque conocía a su superior muy bien y captaba sus estados de ánimo.

—Hace un hermoso día, mi general —comentó.

—Así es, Paulino. Un día para tomar el sol en la playa.

El sargento Paulino Esquerra sonrió maliciosamente.

—Sé de una playa, mi general, que puede considerarse, en estos momentos, la más importante del mundo. ¿Vamos a ella?

—Sí. Echaremos un vistazo. Aunque supongo que todo está bien por allá.

—Naturalmente, mi general.

El suboficial cerró la portezuela, fue a sentarse ante el volante, se aseguró de que su general estaba debidamente acomodado, y puso en marcha el coche. En cuestión de segundos había salido de los jardines. Aparecieron en la Avenida Nacional y descendieron por ella hacia la Carretera dei Mar, por la cual viajaban siempre que iban a la casa de la playa del general.

Honorio seguía fumando su hermoso y aromático cigarro. Y estaba echando el humo placenteramente cuando notó a su izquierda la presencia de otro coche.

Por un instante, tuvo un ligero sobresalto. Luego, recordó que llevaba coche blindado y cristales a prueba de balas y, simplemente,

miró hacia el otro coche.

Sonrió al ver a la muchacha rubia que iba al volante, con la cabeza vuelta hacia él, mirándole con los ojos muy abiertos… La muchacha miró los distintivos del coche exclusivo para generales y volvió a mirar, pasmada de admiración, a Honorio, que tuvo que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa.

«Una preciosidad —pensó—. ¡Una maravilla! Y, según parece, no ha visto nunca a un general…».

Así estaban las cosas cuando, de pronto, la muchacha hizo un movimiento de sobresalto que Honorio Pérez captó perfectamente. Se irguió en el asiento, ahora sobresaltado él, y presenció la precipitación en la maniobra de la muchacha rubia esquivando a un coche qué venía en dirección opuesta.

En una milésima de segundo, en la mente de Honorio Pérez relampagueó este pensamiento:

«La muy estúpida… Debería mirar por dónde va».

Pero lo cierto era que la muchacha, en lugar de esto, le había estado mirando a él. La consecuencia fue aquella precipitada maniobra en terrorífico zigzag que llevó su coche por un instante al otro lado de la calzada… Hubo un repentino tronar de claxons, frenazos… La muchacha movió el volante hacia la derecha, para colocarse de nuevo en su calle de circulación…, pero puso en ello tanto empeño, tenía tal susto encima, que el coche no sólo regresó a su posición correcta, sino que la rebasó, y fue a dar, de costado, con fuerza, contra el de Honorio…

—¡Maldita sea! —aulló Paulino.

Intentó contener el ímpetu del otro coche, pero no fue posible. El coche de la rubita encantadora terminó de empujar al del general, llevándolo hacia la acera, directo hacia uno de los árboles de frondosa copa.

—¡Frena! —vociferó Honorio—. ¡Frena, idiota!

Paulino Esquerra metió el freno hasta el fondo, y el coche se detuvo, medio subido a la acera y a menos de dos palmos de un gigantesco árbol. Recibieron el último impacto del otro coche, y, finalmente, los dos vehículos quedaron detenidos. Alrededor se oían gritos, frenazos, se notaba el sobresalto general… Lívido el rostro, Honorio miró hacia la muchacha, y la vio agarrada al volante como si su vida dependiera de ello. Tenía los ojos desorbitados, y la boca

abierta, como si no pudiera respirar bien.

Maldiciendo, Paulino Esquerra salió del coche, y fue hacia la rubia, que parpadeó y lo miró, asustada. Desde su asiento, Honorio veía el rostro congestionado de Paulino, y adivinaba sus maldiciones mientras gesticulaba furiosamente. La rubia salió del coche, aterrada, escuchando a Paulino. De pronto, la muchacha miró a Honorio, con gesto entre desconcertado y suplicante. Honorio torció el gesto, abrió la portezuela y salió del coche.

—¡Paulino! ¡Ya está bien! —ordenó.

La muchacha estaba balbuceando algo que, ciertamente, Paulino no escuchaba. Al ver a Honorio fuera del coche, se acercó rápidamente a él, con las manos en el pecho, como si temiera que su corazón pudiese escapársele, asustado…

—¿Por qué no mira por dónde va? —farfulló Honorio—. No ha pasado nada, pero pudimos…

—Yo siempre sé muy bien por dónde voy, general Pérez —dijo la muchacha rubia.

Y al mismo tiempo, retiraba la mano derecha del escote. Lo primero que vio Honorio Pérez fue el cambio en la mirada, en la expresión de la muchacha rubia de los ojos verdes. Luego, vio la pistolita en aquella delicada manita… Abrió la boca, tenso…

Plof.

La bala dio en el centro de la frente de Honorio Pérez, que saltó hacia atrás, dio de espaldas contra su coche, y rebotó, cayendo de bruces, bizqueando de modo increíble, crispado el rostro en su último gesto de comprensión y espanto.

Todavía estaba cayendo el general, cuando la muchacha se volvió hacia el sargento Esquerra, le apuntó un instante por encima del coche, y disparó.

Plop.

Paulino, que estaba atónito, paralizado, con la boca abierta, se tragó la bala: le entró por la boca y salió por la nuca, salpicando sangre y pequeñas esquirlas de vértebra a todos lados.

Sólo entonces gritó alguien. La actuación de la muchacha había sido tan veloz, empero, que cuando resonó ese grito ella ya corría, alejándose de allí a una velocidad que causó el estupor en las personas que, todavía ignorantes de lo que realmente había sucedido, acudían hacia el lugar del accidente.

Y mientras la muchacha corría por el centro de la avenida, el helicóptero que al principio habían mirado los transeúntes, desentendiéndose luego de él para interesarse por el accidente, tomó de nuevo carta de protagonista, iniciando un velocísimo descenso, mientras por la portezuela de la derecha aparecía algo, que quedó colgando, oscilando… Una escala de cuerda. La muchacha alzó la cabeza, se metió la pistolita entre los senos y, con ambas manos, se aferró a la escala. En el acto, el helicóptero volvió a elevarse, y se lanzó hacia el mar a toda velocidad…

Cientos de personas, con la boca abierta en expresión asombrada e incrédula, vieron cómo la muchacha rubia, como una gatita, ascendía por la escala de cuerda, mecida al viento mientras el helicóptero se alejaba, se alejaba…

El jefe del primer coche de la policía que acudió al lugar, tardó casi cinco minutos en conseguir una explicación más o menos coherente sobre lo sucedido. Luego corrió a su coche, se sentó en el radioteléfono e informó a la Jefatura. La cual, a su vez, informó al Gobierno Militar…

Al mismo tiempo que sucedía esto en la capital de Cayana, la bella muchacha rubia había ascendido ya completamente la escala de cuerdas, de la cual tiró hasta recogerla toda en el helicóptero.

Luego, se había quitado la peluca y las lentillas de contacto, así como el vestido, quedando ataviada únicamente con un precioso bikini azul, que hacía juego con sus hermosísimos ojos, y con su piel dorada… Todo esto, observada por el feo piloto del helicóptero con rápidos vistazos.

—¡Carambaina…! —Ya no pudo contenerse más el piloto—. ¡Asesinar a un general en pleno día, en la avenida más importante de una ciudad…, y estar todavía viva para contarlo! ¡Y yo creí que sólo yo sabía cometer asesinatos!

Brigitte Montfort lo miró amablemente.

—Siempre se puede aprender algo en la vida, Nicolás.

—Sí… —rió éste—. ¡Incluso a matar!

—Es una actividad desagradable, pero necesaria, cuando se lleva a cabo con bichos como el general Pérez. ¿Ve usted algún aparato alrededor nuestro?

Nicolás Pozas consiguió retorcer su robusto cuello, y tras el gesto circular, negó:

—No. Todavía no han tenido tiempo de organizarse… Pero no tardaremos en ver este cielo tan hermoso, infestado de helicópteros y aviones militares.

—Tenemos tiempo… Comience a descender.

Nicolás accionó en los mandos, y el helicóptero inició su descenso hacia el terso mar azul, refulgente al sol. Mientras tanto, Baby terminó de hacer un paquete con la peluca y las ropas, dentro del cual colocó una piedra de buen tamaño que se había procurado para tal fin. Tiró el paquete al mar. Luego, pasó a la parte de atrás del helicóptero, y comenzó a desplazar otro paquete, mucho más grande y pesado hacia la portezuela.

—Cuando guste, Nicolás.

—Muy bien.

El helicóptero se posó en el agua; las aspas dejaron de girar. Brigitte empujó el gran fardo al agua, y saltó a ésta. Nicolás procedió a desnudarse rápidamente, hizo un paquete con sus ropas, y tras meter dentro otra piedra, lo tiró también al agua. Luego, ya en bañador, se tiró junto a Brigitte y la ayudó a remolcar el gran fardo lejos del helicóptero…

—Ya está bien… —dijo ella—. Ocúpese del helicóptero.

Nicolás regresó hacia el aparato, se colgó del borde de la portezuela, y comenzó a zarandearlo, hasta que entró agua. En pocos segundos conseguiría que entrase la suficiente para que el helicóptero se fuese al fondo. Mientras tanto, Brigitte había tirado de la válvula de retención, permitiendo que actuase al aire comprimido. Se oyó un fuerte siseo, y el fardo comenzó a convertirse en una balsa de caucho, en cuyo interior estaba el pequeño motor fuera borda envuelto en plástico herméticamente. Brigitte rompió el plástico, colocó el motorcito, tiró del cable, y el pequeño artefacto comenzó a funcionar inmediatamente: pop-pop-pop-pop-pop…

El helicóptero se estaba hundiendo ya, así que Nicolás dejó de trabajar en ello, y nadó hacia la pequeña y utilísima embarcación. Subió a bordo, y alzó el dedo pulgar.

—Mejor, imposible —sonrió.

Pop-pop-pop-pop-pop-pop… La balsa comenzó a alejarse de aquel lugar. Todavía pudieron ver cómo el helicóptero desaparecía bajo las aguas.

—Pues nada —dijo Nicolás—: Nataniel se ha quedado sin su helicóptero favorito.

—Haremos una suscripción en el país, para regalarle uno.

Nicolás se quedó mirando pasmado a Brigitte. Luego, soltó una carcajada… y, finalmente, se quedó mirando con los ojos muy abiertos a la señorita Montfort.

—Desde luego —masculló—, no es la primera vez que usted hace cosas como ésta, ¿verdad?

—No, Nicolás.

—¡Carambaina…! ¡Y pensar que yo me estaba preguntando para qué demonios podía necesitar Nataniel a una chica como usted!

—Ahora ya lo sabe… ¿No?

—Vaya si lo sé… ¡Vaya si lo sé!

Estaban ya muy cerca de la costa cuando apareció el primer helicóptero, volando mar adentro. Detrás, iban otros dos helicópteros. Y a los pocos segundos, zumbando a toda velocidad, pasó una escuadrilla de pequeños cazas.

—¡Ahí van ésos…! —sonrió Nicolás—. Bueno, al menos se van a dar un paseo aéreo, lo cual es siempre muy agradable.

Un par de minutos más tarde, la balsa llegaba a una pequeña playita, muy cercana a Cayanama, pero solitaria, quizá debido a su escasa capacidad para bañistas, y a la abundancia de rocas… Pero no estaba solitaria del todo: se veía un parasol, una cesta de paja, un par de grandes toallas de vivos colores extendidas al sol, y una cesta de mimbre de buen tamaño.

Nicolás y Baby saltaron al agua, y mientras él tiraba de la balsa hasta dejarla en la arena, ella fue a sentarse en una de las toallas, sacó cigarrillos de la cesta de paja, y encendió dos. Cuando Nicolás llegó, le tendió uno, diciendo:

—Hermoso día, ¿verdad?

Nicolás se sentó en la otra toalla, fumando pensativamente. De pronto, preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tomar el sol —sonrió la bellísima amiga de su presidente—. ¿Se le ocurre algo mejor?

Nicolás quedó estupefacto. Se rascó la coronilla, sonrió, y movió negativamente la cabeza.

—Pues la verdad es que no.

Capítulo IX

Hacia las seis de la tarde, la extraña pareja compuesta por un hombre más bien bajo y decididamente feo y una señorita de largos cabellos negros, ojos azules y, en conjunto, de una belleza increíble, llegaban en un taxi al Aeropuerto Nacional de Cayana. El coche alquilado por la señorita Montfort había sido devuelto, naturalmente. Y, no menos naturalmente, el coche utilizado para el asesinato del general Honorio Pérez no les iba a causar problemas, ya que había sido robado por la muchacha de la dulce e ingenua expresión.

—Si le parece —dijo Nicolás—, mientras usted va a por los tíquets de embarque, yo llevaré su equipaje al departamento de carga.

—Muy bien, Nicolás.

Por supuesto, había pequeñas dificultades en el aeropuerto: todo estaba lleno de policías, e incluso había soldados. Pero, en el fondo, la actuación de unos y otros correspondía a la de quienes están convencidos de que pierden el tiempo. La radio había dado la noticia del asesinato del general Pérez, y, aunque también había informado de que la policía y el ejército estaban tras la pista de la mujer asesina, todo el mundo sabía ya que tal pista no existía, que de un modo u otro, la muchacha había escapado, con su cómplice, en el helicóptero.

Por otra parte, considerando que buscaban a una rubia, la joven de los largos cabellos negros no tenía nada que temer. Así que se dirigió hacia el despacho de tíquets de vuelo, tranquilamente, con el fin de formalizar su pasaje en el vuelo 88 a San Nataniel…

Y de pronto, ya muy cerca del despacho de tíquets, la señorita Montfort se detuvo en seco: Tan en seco que estuvo a punto de perder el equilibrio y caer de rodillas. Simultáneamente, palideció, sus ojos se desorbitaron, su boca quedó abierta en un gesto de

infinito asombro… Reaccionó rápidamente, dando media vuelta y alejándose de allí a toda prisa, hasta encontrar un lugar desde el cual podía mirar sin ser vista hacia el despacho de tíquets. Estaba demudada.

En aquel momento, por los altavoces dieron un aviso:

—Los señores pasajeros del vuelo 404 con destino a la ciudad de Miami, sírvanse dirigirse hacia la salida número tres, para ser transportados al avión.

La mirada de Brigitte seguía fija en aquel hombre alto, rubio, de buena facha, rostro agradable, inteligente, noble… El hombre alzó la cabeza al oír el anuncio de aquel vuelo, miró alrededor, y comenzó a caminar hacia la puerta de salida número tres, llevando en su mano izquierda una pequeña maleta, y en la derecha el tíquet de vuelo. Y ciertamente, no se dio cuenta de que un par de ojos azules estaban fijos en él, incrédulamente primero; con horror después. Con infinito horror… El pasajero rubio había desaparecido poco después.

Y un par de minutos más tarde, apareció Nicolás, mirando a todos lados. Vio a la señorita Montfort, y se acercó a ella sonriente:

—Su equipaje ya… ¿Qué le pasa? —Se sobresaltó de pronto—. ¿Se encuentra mal, señorita Montfort?

—No… No.

—Pues tiene muy mal aspecto. Está pálida… ¡Carambaina! ¡Parece que haya visto un fantasma!

—Eso es exactamente lo que ha ocurrido —murmuró ella.

—¿Qué?

Baby suspiró profundamente, con un temblor de cuerpo muy visible.

—No puedo ir con usted, Nicolás. Tendrá que regresar solo a San Nataniel… ¿Recuerda bien todo lo que tenemos que decirle a Nathan?

—Sí, claro, pero…

—Dígaselo. Que él se ponga en contacto con el presidente Trujillo, que le diga dónde está el oro… Los militares están tan desamparados sin el general Pérez, que no sabrán reaccionar, y todo volverá a la normalidad. En cuanto al oro, dígale a Nathan que se lo repartan entre San Nataniel y Cayana… Espero que eso le compense de la pérdida del helicóptero.

—Sí, claro… ¡Je, je…! Pero, señorita Montfort…

—Dígale a Nataniel que estoy bien. ¡Adiós, Nicolás!

—Pero…

—Su vuelo saldrá dentro de pocos minutos.

—Bien… No entiendo nada, pero sí sé que usted sabe lo que está haciendo. ¡Adiós…!

—¡Adiós!

Nicolás se dirigió hacia el despacho de tíquets de vuelo con el resguardo que Brigitte puso en su mano. Mientras tanto, Brigitte miró alrededor, localizó una oficina de la Panam, y, con paso lento, como derrotada, se dirigió hacia allá.

Dos días más tarde, en el interfono que había sobre la mesa de míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, sonó una llamada, que atendió inmediatamente.

—¿Sí?

—Señor, aquí Fichero de Personal: tengo ante mí a la agente NY 7117, que me solicita examinar algunas fichas.

Míster Cavanagh quedó estupefacto.

—¿Baby está ahí abajo?

—Sí, señor. Y como le digo, quiere examinar el fichero.

—Entiendo que está autorizada para todo, pero solicito su confirmación.

—Sí… Está bien —Cavanagh había palidecido—. Por supuesto, ella puede mirar siempre lo que guste.

—Gracias, señor.

Cavanagh cortó la comunicación y quedó pensativo. Casi una hora más tarde, no estaba ya pensativo, sino muy nervioso. Visiblemente nervioso. Llamó por el interfono a Fichero de Personal.

—Soy Cavanagh… —susurró—. ¿Todavía no ha encontrado Baby lo que busca?

—¿Baby? Sí, señor, desde luego que lo encontró.

—¡Ah, bien! Dígale que cuando lo haya examinado suba a verme.

Hubo un breve silencio que puso de punta los pelos a míster Cavanagh. Y por fin:

—Pero, señor, hace tres cuartos de hora que Baby salió de aquí. Encontró en seguida lo que buscaba, lo miró y se fue.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Pues… ignoro eso, señor, lo siento.

—Bien… Gracias.

Cavanagh cortó la comunicación, y con dedo tembloroso apretó otro de los botoncitos del interfono.

—¿Sí?

—Soy Cavanagh… ¿Ha estado Baby por ahí?

—¡Oh, si, señor; en efecto!

—¿Qué… qué ha hecho ahí?

—Pidió un helicóptero.

—¿Se lo facilitaron?

—NATURALMENTE, señor —sonó desconcertada la voz del otro —. ¿No debimos hacerlo?

—Sí… Sí, sí, claro que sí… Nada más, gracias.

Cortó aquella comunicación y se quedó mirando al vacío, con ojos desorbitados. Por fin, sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente, que estaba sorprendentemente inundada dé sudor.

—¡Por el amor de Dios…! —jadeó—. ¿Es que nunca vamos a poder ocultarle nada? Ha estado en el archivo, después ha pedido un helicóptero… Lo sabe. ¡Lo sabe también esto! Y ya no hay tiempo para avisarlo, debe estar llegando allá con el helicóptero…

El hombre que estaba pescando en el río alzó la cabeza al oír el rumor del helicóptero. Lo localizó, frunció el ceño, y luego continuó pescando, con gesto sombrío… Muy pocos segundos después, tuvo que prestar de nuevo su atención al helicóptero, porque éste se disponía a aterrizar en el verde prado, junto al río, muy cerca de él.

El hombre clavó la caña en la fangosa orilla, se puso en pie, y se volvió hacia el helicóptero, que ya estaba en tierra. Las aspas dejaron de girar, y el piloto del helicóptero saltó a tierra… Inmediatamente, el solitario y sombrío pescador palideció. Palideció tanto, que pareció un cadáver. Su mirada, opaca, quedó fija en la bella joven que caminaba lentamente hacia él. Por fin, ella se detuvo a dos pasos y se quedó mirándolo inexpresivamente.

—¡Hola, Simón! —murmuró.

Luke Richter se pasó la lengua por los labios, e intentó sonreír.

—¡Hola, Baby!

Ella se sentó sobre la hierba, encontró una piedrecita y la tiró a la mansa corriente, Simón se sentó a su lado.

—Dicen que es bueno pescar… —murmuró ella—. Al parecer, relaja los nervios.

—Sí… Sí, es un deporte muy sedante… Escuche… —Simón se pasó una mano por sus rubios cabellos—. Escuche, yo sólo he hecho que obedecer órdenes… No soy como usted, que puede hacer lo que guste en la CIA. Yo soy un agente corriente, y he tenido que obedecer.

—Lo sé.

—¿Ha… ha hablado con nuestro jefe, con míster Cavanagh?

—No. He querido evitarle un mal rato. Pero en estos momentos, estoy segura de que él ya sabe que yo lo sé todo.

—Lo siento… ¡Lo siento, se lo juro!

—¿Cómo va la herida que le hizo uno de nuestros propios compañeros para montar la farsa?

—¡Oh, está bien…! Ya tuvimos buen cuidado.

—Es lógico. Fue usted muy valiente, Simón, al dejarse disparar en la pierna… Muy valiente.

—Es que… había que hacer las cosas de modo que la convenciésemos a usted de la existencia de esa Organización América. Había que hacer eso, y retirarla de la circulación, hasta que todo hubiese terminado… Cuando supimos que había muerto Honorio Pérez, y de qué modo, comprendimos que usted había escapado, y nos apresuramos a abandonar Cayanama…

—No se apresuraron lo suficiente: lo vi a usted en el aeropuerto, cuando se disponía a tomar el vuelo hacia Miami.

—¿Me vio? ¿Y qué hacía usted allí? Se suponía que, disponiendo de un helicóptero, no necesitaba utilizar líneas regulares de vuelo…

—El helicóptero lo hundí en el mar. Así que no tenía más remedio que utilizar líneas regulares de vuelo… Y entonces le vi. Vi a un hombre al que habían matado ante mis propios ojos. Su actuación fue muy buena, Luke… Muy buena en todo momento. Pero vamos a lo que importa: considerando que todo esto ha sido una farsa, y que ustedes no sufrieron ataque alguno por parte de nadie, debo entender que los otros cuatro Simones residentes en Cayana, están sanos y salvos. ¿No?

—Sí… Sí, todos estamos bien, desde luego. Y con la orden de no aparecer, jamás, ante la agente Baby. Aunque supongo que esa orden ya no sirve de nada.

—De nada. Los dos Simones que se prestaron a hacer el papel de prisioneros debieron pasar auténticos malos ratos, para ponerlos en aquel estado, supongo.

—Regular, nada más. Pero había que convencerla a usted de que existía la Organización América.

—Pero no existe.

Luke Richter bajó la mirada.

—No.

—Entonces…, ¿fue la CIA quien envió el oro?

—Sí.

—Y también las armas, ¿verdad?

—Sí.

—Se trataba de engañar a Honorio Pérez; de convencerle de que existía una poderosa organización que le iba a apoyar. Tenía que invadir por las armas el país vecino, Venezuela. Lo que no sabía Honorio Pérez es que todo era una farsa. Tanto el oro como las armas, las enviaba la CIA. Pero como la CIA no tiene muy buena fama por allá, inventamos la… Organización América. De este modo, Pérez creía que estaba tratando con alguien que le facilitaba el oro con el que él compraría las armas. Y siempre la CIA al margen de todo.

—Sí.

—¿Cuál era el objetivo final?

—Cuando Honorio Pérez hubiese atacado Venezuela, Estados Unidos habría intervenido en plan de… pacificador, asegurando de paso el control de la producción petrolífera de la zona que está empezando a causar molestos problemas. Una vez se hubiese llegado, con los interesados a un acuerdo razonable para nuestro país, la intervención habría cesado dejándolo todo muy normalizado y en paz.

—Sí… En paz, después de una pequeña guerra que habría costado miles de muertos, quizá. ¿Quién planeó esto?

—No lo sé. Los personajes importantes, desde luego.

—¿Qué tenían previsto respecto al general Honorio Pérez los… personajes importantes?

—Matarlo en el momento oportuno.

—¿Asesinarlo?

—Sí… Sí.

—¿Y respecto a mí?

—¡No! —Respingó Simón—. ¡A usted, no, nunca! En cuanto se supo que usted había intervenido en esto, se montó la farsa, con el exclusivo propósito de capturarla, que nos dijera dónde estaba el oro y mantenerla prisionera hasta que ya nada pudiese hacer. Entonces, se habría simulado un descuido, para que usted pudiese escapar. Pero había que convencerla de que cualquier cosa que pasase era obra de la Organización América…, a la que jamás podría usted encontrar, puesto que sería disuelta.

—Sin embargo, yo he encontrado a la Organización América: la constituyen mis propios camaradas… ¡Por Dios…!

—Yo… yo no podía…

—No le estoy culpando a usted, de nada. Pero, entre todos, hemos matado a Especial, ¿se da cuenta? Yo apreté el disparador de la metralleta, pero lo hemos matado entre todos…

—Se le advirtió que era una imprudencia dejar allá a un solo hombre. Se le dijo bien claramente que, para retener a Baby había que vivir en un estado de alerta continuo, desconfiar de todo lo que ella dijera y hiciese. Se le dijo todo lo que se podía decir sobre usted, pero… él no creyó nada.

—¿Quién era Especial? —murmuró Brigitte.

—Se llama…, se llamaba Rómulo Silvestre. Hacía más de veinte años que trabajaba para la CIA en Sudamérica. Era uno de los altos jefes nativos en ese continente… Se le advirtió que se jugaba la vida, y que… que usted podía matarlo de un modo u otro. En todo momento él sonreía, sonreía, sonreía…

—Una cosa es cierta —se estremeció Baby—: Especial fue fiel a la… Organización América, esto es, a nosotros, hasta el final: murió sonriendo sarcásticamente… supongo que de sí mismo. No dijo nada para salvar su vida, con tal de que los planes proyectados siguiesen adelante… y que, con un poco de suerte, yo no me enterase de la verdad. ¿Qué clase de hombre era éste, Simón?

—Un espía que tenía un cáncer de estómago… Le quedaba muy poco de vida.

—¡Dios…! ¿Y colocaron a esté hombre ante mí, sabiendo que podía matarlo? Ese… ese pobre hombre ¡debía estar retirado, descansando en los últimos meses de vida que le quedaban…! ¡Por el amor de Dios, Simón…!

—¡Ya le he dicho que yo no tengo la culpa de nada! —gritó Luke Richter—. ¿Qué quería que hiciese? ¡Sólo podía obedecer, obedecer, obedecer…! Perdone —se calmó de pronto—. No pretendía gritarle, es que…

—No importa… —susurró Brigitte—. ¿Cómo supo la CIA que yo estaba interviniendo en aquello?

—Fue míster Cavanagh quien lo comprendió… Cuando le llegó la noticia de que el Júpiter había desaparecido, dijo que usted lo había hecho. Él sabía que había partido usted hacia el Caribe, llamada por un amigo suyo… Y aseguró que su estancia por aquellos lugares, y el modo en que había desaparecido el Júpiter, le revelaba a él, claramente, su intervención. Entonces…, entonces nos avisaron a los de Cayanama, para que montásemos toda la farsa, por si usted aparecía por allí. Míster Cavanagh quería a toda costa que la operación siguiese adelante, pero sin que usted pudiese sospechar jamás la verdadera identidad de la Organización América. Pero —Simón sonrió de pronto de un modo extraño, como perplejo—, según parece, nada ha servido de nada: Cayana está de nuevo en manos de Gabriel Trujillo y, además, éste se ha quedado con el oro de la… Organización América… Ha sido una mala operación…, por culpa de usted. Nada ha pasado, las armas han sido devueltas a la base secreta de Europa, no ha habido guerra…, y la CIA ha perdido cincuenta millones de dólares.

—La CIA, no —replicó Brigitte Montfort—: en todo caso, la Organización América… ¿No le parece?

—Sí… Sí, claro… ¿Qué piensa usted hacer ahora? Brigitte Montfort, alias Baby, se puso en pie.

—¡Adiós, Simón! Salude en mi nombre a los otros cuatro Simones que han tomado parte en el juego. Y envíe mis respetos a Colombo: también hizo muy bien su papel… Supongo que todos eran colaboradores nuestros en Sudamérica.

—Claro.

—Claro… Bien, ¡adiós!

—¿Adónde va ahora; qué piensa hacer…?

—Me voy muy lejos de aquí, Simón. A un sitio donde el aire es transparente, las flores huelen de verdad, tengo el mar al alcance de mi vista y las gaviotas… A un sitio donde sé que jamás, jamás, jamás, seré engañada…

Este es el final

El taxi procedente de La Valletta se detuvo delante de la hermosa villa Tartaruga, y el conductor se apresuró a apearse, para sacar del portaequipajes las maletas de aquella sensacional pasajera, la más bella, dulce y simpática que había conocido en toda su vida.

—Déjelas junto a las verjas —sonrió la divina pasajera—. Las recogeremos luego. Ahora quiero llegar de sorpresa.

—Entiendo… —sonrió el hombre—. ¡Que se divierta!

Las maletas fueron colocadas junto a las verjas, y el taxi emprendió el regreso a la ciudad. Entonces, se reanudó aquel silencio tan familiar de villa Tartaruga.

La recién llegada no tiró de la cadenita de llamada. Simplemente, se encaramó por las verjas, y saltó al otro lado, ágil, flexible, segura. Luego, se quitó los zapatos y caminó por el césped hacia la casa. La puerta estaba abierta, lo cual indicaba que había alguien dentro.

Entró, sigilosamente, silenciosa como la más silenciosa de las gatitas del mundo… El silencio era total. Y sin embargo, debía haber alguien allí…

Había alguien. En el gran salón en penumbra había un hombre que estaba casi de espaldas a ella. Pero no necesitaba verlo para saber quién era, para recordar su rostro con todo detalle; aquel rostro bronceado, duro, hostil, en el que destacaban los negrísimos ojos de duro mirar; la recia barbilla; la boca como un corte en una roca… El hombre de gran estatura, hombros flacos pero llenos de músculos de acero: Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos… El mejor, el mejor siempre. Angelo Tomasini, o Clark Coleman, pero siempre, siempre, Número Uno: su amor. Su amor, su amor, su amor…

Pero quizá Uno ya no era el mejor espía. Comprendía que no la hubiese oído a ella, pero…, ¿tampoco había oído el taxi…?

Y de pronto, Número Uno volvió la cabeza.

—¿Vas a quedarte mucho rato ahí? —preguntó ásperamente.

Brigitte lanzó un gemido y corrió hacia él, que se puso en pie. Se echó en sus brazos y notó una oleada de calor cuando las manos de él se posaron en su espalda.

—¡Oh, Uno, Uno, Uno…!

—Otra vez han herido tu corazón —susurró Número Uno—. Pero no importa, mi amor. Nada importa nada mientras puedas volver una y otra vez a llorar en mis brazos, que siempre te están esperando.

FIN